

# **SURGIMIENTO Y CAÍDA DEL IMPERIO MEXICANO**

**Lord Acton**

*Presentación, traducción y notas de Adolfo Castaño*



**tosé**

## **The Mexican Cultural Centre (MCC), Reino Unido. Colec. Traducciones y Clásicos.**

Biblioteca Digital MCC.  
<http://mexicanculturalcentre.com>

Eduardo Estala Rojas  
Director General

Adolfo A. Laborde Carranco, Adriana E. Vera Pérez, Ana L. Pazos González, Bertha A. Denton Casillas,  
José L. Santos López, Paniel O. Reyes Cárdenas, Rafael Gutiérrez Mercadillo.  
Consejo Consultivo

Título original: "The Rise and Fall of the Mexican Empire."

D.R. © "Selected Writings. Vol. 3. Historiography, Addresses, Essays and Lectures." Ed. J. Rufus Fears.  
Indianapolis, 1986, Liberty Classics/Liberty Fund, pp. 173-197.

D.R. © "Surgimiento y caída del Imperio Mexicano" de Lord Acton.

D.R. © Primera edición: julio de 2015.

D.R. © De la presentación, traducción y notas: Adolfo Castañón.

D.R. © De la edición: The Mexican Cultural Centre (MCC), Reino Unido.

D.R. © Del arte de la portada: José L. Santos López. <http://www.jsantos.co.uk/>

D.R. © De la serie: "Crushing in the image, 2015." Técnica: cochinilla en papel algodón, 85x 60cm.

D.R. © Del diseño: Olivia Liendo.

Este libro no puede ser fotocopiado ni reproducido total o parcialmente por ningún otro medio o método  
sin la autorización por escrito del Mexican Cultural Centre (MCC), Reino Unido.

*This book may not be reproduced, in whole or in part, in any form, without written permission from the Mexican Cultural Centre (MCC), United Kingdom.*

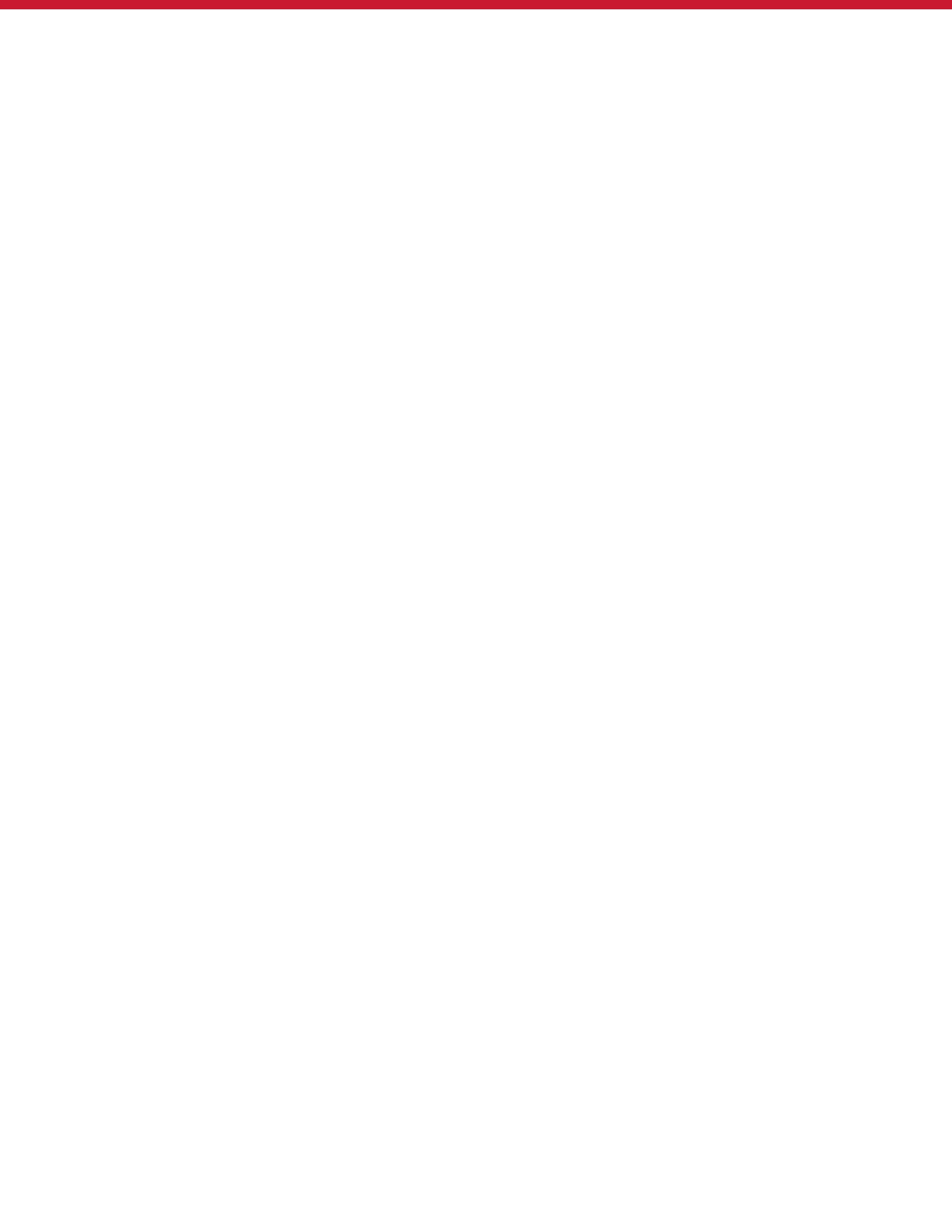
Registration number: 284686617.

Hecho en Reino Unido y México.  
Made in United Kingdom and Mexico.

# **MISIÓN INTERNACIONAL DEL MEXICAN CULTURAL CENTRE (MCC), REINO UNIDO**

---

Fundado el 16 de septiembre de 2013. Es el primer centro virtual sin fines de lucro, registrado en el Reino Unido, que promueve y difunde la cultura mexicana. En colaboración internacional con proyectos académicos, culturales y artísticos. Publicación de artículos, reportajes, poesías, cuentos, ensayos, traducciones y libros. Organización de simposios, presentaciones editoriales, proyecciones cinematográficas en universidades, museos, ferias de libro y centros culturales. El MCC trabaja en colaboración con la revista cultural Bicaalú, México D.F., la Sociedad Mexicana de Metafísica y Filosofía de la Ciencia, México-Reino Unido, Colectivo Escénico: Dragones en el Horizonte, Tijuana, Baja California, México, The Onion Films, Guanajuato, México.



# ÍNDICE

---

- 7 PRESENTACIÓN  
*ADOLFO CASTAÑÓN*
- 12 SURGIMIENTO Y CAÍDA DEL IMPERIO MEXICANO  
*LORD ACTON*
- 33 CRONOLOGÍA DE LORD ACTON
- 36 BIBLIOGRAFÍA
- 38 BIOGRAFÍA DEL TRADUCTOR



# PRESENTACIÓN

---

Pocos saben que el autor de la frase: “El poder corrompe; el poder absoluto corrompe absolutamente” es el historiador y pensador político Lord Acton (1834-1902). John Emerich Edgard Dalberg Acton fue una de las figuras más sobresalientes del paisaje intelectual y de la vida pública de la Inglaterra gobernada por la reina Victoria. Cambridge se rehusó admitirlo como estudiante a causa de su religión católica. Acton se educó en Alemania bajo la tutela del gran historiador y teólogo Ignaz von Döllinger (1799-1890) de quien aprendió los cimientos del método histórico y en cuyas enseñanzas históricas, filosóficas y humanas abrevó el resuelto y austero liberalismo que llegó a ser su rasgo distintivo. Su amistad con el Primer Ministro, William Gladstone (1809-1898), lo llevó a ejercer un profundo ascendiente en la vida política de su país y aun de la época. Su poderosa y activa personalidad, su infatigable actividad editorial y periodística (en la revista católica *The Rambler*, en *The Home and Foreign Review*, en *The Chronicle* y en *The North British Review*), sus artículos, reseñas e intervenciones oportunas y puntuales lo llevaron a jugar un papel de primer orden en el movimiento católico liberal británico y aun europeo. Durante toda su vida trabajó por liberalizar el catolicismo y ponerlo en consonancia con el mundo moderno. En 1869, siguiendo a su maestro Döllinger, entabló una vigorosa oposición en contra de la promulgación del dogma de la infalibilidad papal. Luego de varios meses fue derrotado y estuvo a punto de ser excomulgado —como von Döllinger sí lo fue— y de arruinar definitivamente su salud. Hijo de la tradición católica y romana, Acton en el orden de la política fue un liberal convencido: “...inicié mi vida —decía— como sincero católico-liberal; en consecuencia, renuncié a lo que en el catolicismo no era compatible con la libertad, y en la política a lo que era incompatible con el catolicismo”. En el ámbito estrictamente universitario y académico, a través de su cátedra como *Regius Professor* de Historia Moderna en Cambridge de 1895 a 1902, Acton fue muy importante en la transformación de la idea y de la escritura de la historia y de la historiografía en Gran Bretaña. Gracias a su severa tenacidad, la historia evolucionó hasta transformarse en una disciplina rigurosa y científica, inspirada en el modelo de la investigación filológica alemana sin perder, al menos en su caso, su calidad filosófica, literaria y aun poética. Contribuyó con su acción y sus investigaciones a la fundación de la *English Historical Review*, en cuyo primer número publicaría un amplio y pormenorizado artículo sobre los historiadores modernos alemanes.

Aunque Acton siempre vivió preocupado por alcanzar una cabal y plena objetividad en la investigación de la verdad histórica, nunca dejó de hacerse cargo de la necesidad del juicio moral en la historia y de la imprescindible dimensión ética que suponen las preguntas en torno a su significado. El concepto de la libertad humana tenía que ser, por ende, medular en su geometría intelectual. A los ojos de Acton, la idea de libertad es la única posible en la historia del mundo y el único principio rector de una filosofía de la historia. Este concepto lo lleva a ser uno de los herederos más solventes de la tradición del liberalismo clásico, entronizándolo como un pensador de alto relieve en el paisaje intelectual de su época y de la nuestra. Su análisis de la Revolución francesa y su evolución resultó premonitorio; fue un crítico del nacionalismo y de la legitimación de las masacres por el Estado. Sus penetrantes análisis de las fuerzas que alimentan y amenazan la libertad política e individual de las sociedades e individuos, su desconfianza y resistencia ante el poder del Estado tienen mucho que decir al lector y al ciudadano de nuestra crispada edad. Lord Acton se interesó, desde luego, en la historia de Europa y en esa otra historia paralela que es la de Europa raptada en América. Viajó a los Estados Unidos en 1855, y en 1856 asistió a la coronación de Alejandro II de Rusia. En 1857 visita Italia en compañía de su amigo y maestro Döllinger. De hecho, escribió extensamente sobre la Guerra de Secesión o guerra civil que sacudió a los Estados Unidos de América a mediados del siglo anterior (como muestran sus ensayos “The Civil War in America: Its Place in History” y “Reports on the Civil War in America”).<sup>1</sup> Sus opiniones pesaron tanto sobre el primer ministro Gladstone que en buena medida gracias a ellas, Inglaterra tomó partido a favor de los confederados del Sur. La escritura de estos ensayos revela al historiador como observador atento al menor detalle, al agente capaz de armar un paisaje inteligible con piezas sueltas y en movimiento. Estas mismas virtudes se transparentan en su breve y muy celebrado ensayo sobre “El surgimiento y caída

---

<sup>1</sup> En: Lord Acton. *Selected Writings*. Vol. I. *Essays in the History of Liberty*. Indianapolis, Liberty Fund, 1985.

del imperio mexicano” de Maximiliano. Pronunciado el 10 de marzo de 1868 ante los miembros de la institución literaria y científica de Bridgewater, Inglaterra a once meses de verificados los hechos; el ensayo concentra, explaya y ordena en pocas páginas un cúmulo poco habitual de información, pero sobre todo ofrece una visión nítida y clara, a la vez veraz y humana de los hechos conocidos como Intervención Francesa y Segundo Imperio. La visión que Lord Acton da de Benito Juárez no sólo es exacta sino que será la imagen que la historia retendrá del gran estadista mexicano.

Por un momento, el que dura la lectura de esta pieza impecable, los actores y paisajes vuelven a cobrar vida y recobran un sentido por así decir trascendente gracias a la mirada penetrante y acuciosa del historiador. Leer a Lord Acton no sólo es un buen ejercicio intelectual, es, además y ante todo, un placer para la inteligencia y la memoria. Es fama que Acton fue uno de los hombres más cultos de su época. Leía y escribía con la misma facilidad en inglés, alemán, francés, español e italiano.

En México, la lectura de Lord Acton ha quedado reducida a círculos no por eminentes excesivamente limitados. En 1996, el benévolos y sagaz Natán Warman hizo circular una traducción suya del volumen I de las *Conferencias sobre la Revolución Francesa*. Esta traducción tomaba como punto de partida la edición que J. N. Figgis, C. R. Litty, R. V. Laurence, M. A., prepararon para MacMillan de Londres en 1910. En España sus *Ensayos sobre la libertad y el poder* fueron traducidos por Enrique Tierno Galván y presentados por Gertrude Himmelfarb para el Instituto de Estudios Políticos de Madrid en 1959. Cuatro décadas más tarde, en 1999, el mismo Centro de Estudios Políticos y Constitucionales de Madrid, publicó una selección titulada *Ensayos sobre la libertad, el poder y la religión*, en traducción de Beatriz Álvarez Tardío y con un estudio preliminar, edición y notas de Manuel Álvarez Tardío. La presente traducción puede ser leída también como una invitación abierta para todos los interesados en las cuestiones que asocian el mundo de la ética y el conocimiento de la política y de la historia.

En vida Lord Acton no publicó ningún libro, pero la gran *Cambridge Modern History* en doce volúmenes fue una idea suya y existe como un monumento a su memoria, aunque sólo alcanzó a ver terminado el primero y la mitad del segundo. Dejó una biblioteca de 70 mil volúmenes que, junto con las notas de investigación que tomó a lo largo de toda una vida consagrada al estudio de la historia, pasaron a formar parte de la biblioteca de la Universidad de Cambridge. Como datos curiosos, habría que apuntar que, al igual que Maximiliano de Habsburgo, Lord Acton moriría un 19 de junio —pero de 1902— y que su hijo nacido en 1870 se llamó Ricardo Maximiliano.

Una selección de sus escritos, conferencias, artículos y ensayos se pueden encontrar en los tres volúmenes publicados por Liberty Press bajo el cuidado editorial de J. Rufus Fears. Una selección de las obras de Lord Acton ha sido publicada por Liberty Fund de Indianápolis, en los Estados Unidos de Norteamérica (1985), bajo el cuidado editorial del mencionado estudioso J. Rufus Fears. El ensayo sobre el imperio de México se encuentra en el tomo II de esta edición que lleva por título *Essays in the Study of Writing History*.

Adolfo Castañón





# **SURGIMIENTO Y CAÍDA DEL IMPERIO MEXICANO\***

Lord Acton

---

\* Esta conferencia de Lord Acton (1834-1902) fue leída el 10 de marzo de 1868 en la “Literary and Scientific Institution of Bridgenorth” y fue publicada en el *Bridgenorth Journal*. Ha sido reimpressa en sus *Historical Essays* (pp. 214-242). Aquí se toma de Lord Acton: *Selected Writings*. Vol. 3. *Historiography, Addresses, Essays and Lectures*. Ed. J. Rufus Fears. Indianapolis, 1986, Liberty Classics/Liberty Fund, pp. 173-197. Este ensayo ha sido considerado como la conferencia pública más acabada y fina de cuantas dio Lord Acton.

L

a escena de la tragedia que intentaré describir tiene lugar en un país sobre el cual una mano pródiga ha derramado los dones más preciados de la naturaleza, pero donde el hombre ha hecho hasta lo imposible por frustrar los designios de la Providencia. Su condición social está tan alejada de nuestra experiencia que debo pedir a ustedes que por esta noche olviden las máximas y aun los términos políticos que empleamos habitualmente.

México posee un territorio tres veces mayor que el de Francia, con la fertilidad de los trópicos y el clima de la zona templada, asentado entre dos océanos y en el futuro centro del comercio del mundo. Su riqueza en metales preciosos es tan formidable que llegará el tiempo en que el mercado se verá inundado con su plata, y su precio no permitirá que las minas de otros países trabajen con beneficios. Las únicas restricciones a su prosperidad son la precariedad de los puertos, la excesiva aridez de las planicies y la desaparición de la corteza forestal, una maldición que ha seguido casi siempre como una sombra los pasos del español.

Cuando Inglaterra reconoció la independencia de las colonias españolas, Canning <sup>1</sup> declaró que se había traído a la existencia un nuevo mundo para enderezar el equilibrio del viejo. Pero tendría que pasar mucho tiempo antes de que los nuevos estados justificaran esa exaltada afirmación, y todavía se cree por lo general que, en cuanto a logros políticos y materiales, contrastan para su desventaja con los de la república norteamericana. Esto ha dejado de ser cierto en la mayor parte de América del Sur, pues en algunas de estas vastas comunidades la población y el comercio crecen a un ritmo que excede al de la Unión.

México es la excepción más triste y más notable en medio del mejoramiento general. México es el orgullo del sistema colonial español, y el mérito por el cual fue superior al nuestro estriba en que logró preservar y civilizar parcialmente a la raza nativa. Los ingleses se asentaron en una región donde los nativos eran cazadores y recolectores nómadas que carecían de destreza para el cultivo de la tierra y erraban por el occidente para eludir la mano de la civilización o evitar extinguirse a su contacto. Los colonos conservaron sus leyes heredadas, se mantuvo la pureza de la sangre europea, y el ominoso problema de la raza fue felizmente conjurado. Pero en México Hernán Cortés encontró a una población numerosa y ya establecida, que se asentaba en poblaciones, que trabajaba la tierra y, aunque brillante, superficialmente civilizada. Proteger, preservar y convertir a los súbditos, cuyo número excedía enormemente a los de sus conquistadores, era parte medular del sistema español; surgió entre ellos un pueblo de sangre mestiza, y así se dieron tres razas, separadas por una línea muy ancha, y aisladas por el orgullo y por la envidia del color. La nobleza india fue casi totalmente exterminada, y la tierra se distribuyó entre las familias de un puñado de conquistadores. Este ordenamiento de la propiedad subsiste sin cambios. Los nativos siguen sin tener ningún interés en la propiedad, y los inmensos latifundios no han sido subdivididos. En uno de los más ricos distritos sobre el Atlántico, a orillas de la costa y a lo largo de ciento cincuenta millas, un solo propietario es dueño de la tierra.

Una sociedad así constituida no podía forjar una nación. No había clase media, no había impulso a la industria, ni civilización común, ni espíritu público, ni sentido del patriotismo. No se toleraba que los indios adquirieran riqueza o conocimiento, y cada una de las clases era mantenida en la ignorancia de las otras y en un riguroso aislamiento; cuando, más adelante, los mexicanos se hicieron independientes, la dificultad estribaba no en deshacerse de las cadenas de la servidumbre sino en romper con la condición de menores de edad en que habían sido mantenidos, y en superar la incapacidad mental, la falta de espíritu de empresa, la falta de convivencia entre ellos mismos, y la ausencia de una ilustración que sólo nace en el intercambio con otras naciones. Formaron una república siguiendo el modelo de sus vecinos más afortunados, y aceptaron esos principios que son tan inflexibles en sus consecuencias como intransigentes en su aplicación. Pronto se comprobó que no había en el Estado un poder emprendedor capaz de equipararse al pesado lastre de una población semi-bárbara. La minoría inteligente era demasiado indisciplinada

<sup>1</sup> George Canning (1770-1827), escritor y político británico de filiación liberal. Fue muy respetado en su tiempo y tuvo diversos cargos, además de ser un eminente miembro del Parlamento. A su muerte, se dijo de él que había sido "el más inglés de los hombres de Estado y el más patriota de los ingleses".

y estaba demasiado desmoralizada para elevar y sacudir a los millones de la raza india degradada. Los usos y costumbres de la autoridad y de la subordinación se fueron con los españoles, y la capacidad de organización no podía existir en un pueblo que nunca había aprendido a ayudarse a sí mismo. No surgió ningún hombre de carácter y entendimiento superior. Los hombres eminentes de las diversas provincias aspiraron a conservar su propio poder mediante la continuidad de la anarquía; pactaban con la autoridad central tan pronto como cambiaba de manos, y destituyeron a treinta presidentes en treinta años. No existían las condiciones necesarias para un gobierno republicano. Había la mayor desigualdad social concebible entre los terratenientes acaudalados y las masas de indios, que no eran dueños ni de la independencia mental que confiere la educación ni de la independencia material que acompaña a la propiedad. Si había democracia en el Estado, la sociedad estaba intensamente dividida.

En México, la Iglesia era el mayor terrateniente, y no había tolerancia religiosa. La Iglesia lo era de toda la nación, ella era para los nativos el único maestro de la ley moral, el canal único a través del cual el pueblo podía tener acceso a la civilización de la cristiandad. De ahí que el clero gozara de una influencia de la que no ha habido ejemplo en Europa en los últimos quinientos años, y que formara la base poderosa de una aristocracia y el más serio obstáculo para la realización del principio democrático que prevalecía nominalmente. Para establecer una democracia real, lo primero que había que hacer era reducir este inmenso y artificial influjo. Durante los últimos doce años<sup>2</sup>, éste había sido el objeto constante del Partido Liberal<sup>3</sup>. Para cada bando, era una guerra de principios, una lucha por la existencia en la cual resultaba imposible la conciliación y que sólo podía concluir con la ruina de una de las dos fuerzas contendientes.

Ahora, y mientras el conflicto sólo estuviese confinado a América, los liberales mexicanos no podían ser completamente derrotados, pues no podían caer ni de la indudable simpatía popular ni ignorar los recursos de los Estados Unidos. Tarde o temprano, el fin llegaría, se confiscarían todas esas tierras en manos muertas, y se daría la caída de los conservadores. Su única esperanza podía venir de la ayuda de Europa, y del establecimiento de una monarquía bajo la protección extranjera. Mucho antes de que el antagonismo llegara a ser tan definitivo y extremo, había empezado a ganar terreno la idea de que una monarquía era la única forma de gobierno que podía adaptarse al carácter de la sociedad mexicana, la única capaz de detener su decadencia; y el monarca había de ser el cabecilla de un partido, tenía que ser un príncipe europeo. Las negociaciones con este objeto se iniciaron desde 1846: actuando de concierto con quien entonces era el presidente<sup>4</sup>, los emisarios mexicanos se dirigieron al Príncipe Metternich<sup>5</sup>,

---

<sup>2</sup> Es decir, en 1855. Con el triunfo del Plan de Ayutla en ese año se acentuó el movimiento para enajenar los bienes de la Iglesia por parte del Estado. El presidente Comonfort expidió una serie de leyes que franqueaban la intervención del gobierno en los bienes de la Iglesia, en particular la llamada Ley Lerdo.

<sup>3</sup> Acton escribe en realidad, *Democratic Party*, pero se trata del Partido Liberal, fórmula que se ha adoptado a lo largo de esta versión.

<sup>4</sup> Mariano Paredes Arrillaga (1797-1846). Desconoció al Presidente Santa Anna en octubre de 1843. El nuevo presidente, José Joaquín de Herrera, le confió la defensa del país ya en guerra con Estados Unidos, pero se sublevó y en enero de 1846 fue nombrado Presidente de la República por una junta de representantes departamentales designados por él mismo. Paredes pensaba que la mejor defensa contra los Estados Unidos era constituir en México una monarquía regida por un soberano español.

<sup>5</sup> El nombre de la familia Metternich recorre la historia de Europa a lo largo del siglo XIX. El Príncipe de Metternich (1773-1859) fue desde su juventud un acérrimo defensor del legitimismo y un político muy activo. Ayudó a organizar el Congreso de Viena de 1814 que intentaba restablecer el orden monárquico después de la Revolución Francesa y del Emperador Napoleón. Era conocido por su gran influencia en la política europea de la primera mitad del siglo XIX. Su hijo, Richard Clemens Lothar Metternich (1829-1895) heredó algunas de las relaciones y habilidades de su padre, y fungía como consejero de algunas cortes europeas.

quien los recibió fríamente, luego fueron a Baviera<sup>6</sup>, luego a Francia, donde el plan fue acogido favorablemente pero la revolución de 1848<sup>7</sup> lo interrumpió. La evolución de los acontecimientos en México lo revivió doce años más tarde. En 1857, el Partido Liberal trajo una nueva Constitución, que abrogaba los privilegios del clero, y que incluía una ley contra la propiedad en manos muertas que obligaba a la conversión de los latifundios en dinero<sup>8</sup>.

Esta fue la señal de la guerra civil. Dirigidos por un hombre joven, Miguel Miramón<sup>9</sup>, quien a la edad de veintisiete años había demostrado una notable capacidad para la guerra, los conservadores tomaron posesión de la capital y su Presidente fue reconocido por Europa. El Presidente Constitucional mantenía el importante puerto de Vera Cruz<sup>10</sup>, y fue reconocido por los Estados Unidos. Su nombre, destinado como el de su rival a una vasta y melancólica celebridad, era Benito Juárez<sup>11</sup>. Era un indio de pura raza, casi de sesenta años de edad. Había ascendido al poder gracias a su eminencia como abogado, y porque, en medio de la corrupción casi universal, se le reputaba incorruptible. A diferencia de los intrigan tes y mercenarios que eran sus rivales, se había levantado lentamente, sin perfidia y sin violencia —un hombre paciente y de inmutable solidez y, por así decir, un hombre de las más severas opiniones. Parecía que en el seno de este indio educado, ambicioso y exitoso, el odio de la raza oprimida hacia el opresor hubiese aflorado conformando una poderosa motivación política; y que estuviese luchando por la emancipación social y política de su pueblo cuando echó por tierra los privilegios y aniquiló el poder de la clase que los gobernaba. Profesaba los principios de 1789, los mismos que habían triunfado en Francia gracias a una guerra civil, a un reino del terror, a diez años de despotismo militar y sesenta de intermitente revolución. No había ninguna razón

---

El emisario mexicano a que alude Lord Acton es José María Gutiérrez de Estrada, quien es autor, entre otros textos de una Carta dirigida al Excmo. Presidente de la República sobre la necesidad de buscar en una convención el posible remedio de los males que aquejan a la República y opiniones del autor acerca del mismo asunto. México, 1840. También es autor de una comunicación directamente dirigida al príncipe Metternich, es decir el hijo del legendario estadista austriaco quien estuvo muy cerca de Napoleón III a lo largo de la cuestión mexicana y célebre organizador del Congreso de Viena.

<sup>6</sup> En Baviera reinaba Maximiliano II (1811-1864), hijo de Luis I y Teresa de Saxe. Luego de un inicio liberal, su gobierno tiende al absolutismo. Trabajó activamente para crear una liga de pequeños príncipes germánicos para oponerse al poder prusiano-asutríaco.

<sup>7</sup> Desde 1845 hasta 1847, en Francia, presidió el Consejo de Ministros, Jean de Dieu Soult (1769-1851); lo sucede el escritor y político François Guizot (1787-1874), todos ellos bajo la monarquía del rey Luis Felipe de la Casa de Orléans quien reinó desde 1830 hasta 1848. La revolución iniciada en Francia el 25 de febrero de 1848, creó las condiciones que llevarían al poder, primero presidencial (10 de diciembre de 1848), luego dictatorial (2 de diciembre de 1851, aniversario de la victoria de Napoleón I sobre Rusia y Austria), y finalmente imperial (2 de diciembre de 1852) a Napoleón III (1808-1873) quien supo jugar hábilmente con el temor a la Restauración del poder de la nobleza y el miedo al fantasma rojo de la revolución social.

<sup>8</sup> La Constitución de 1857.

<sup>9</sup> Miguel de Miramón (1832-1867) fue el jefe del partido clerical que enfrentó a Benito Juárez y a los liberales. El 6 de enero de 1859 fue proclamado Presidente pero fue depuesto por Zuloaga. En 1864, Maximiliano lo nombra primer ministro. El 19 de julio de 1867 cae fusilado junto con Maximiliano y Mejía.

<sup>10</sup> Se conserva la grafía original.

<sup>11</sup> Benito Juárez (1806-1872). Las líneas que le dedica Acton a don Benito Juárez son parcas pero exactas. Aunque quizás sus simpatías hubieran podido oscilar hacia Maximiliano, la figura que de Benito Juárez se desprende en esta conferencia sorprende por un comprensivo respeto rayano en la estima admirativa.

para pensar que podían tener éxito en un país tan atrasado como México, pero Juárez estaba dispuesto a perseverar. Como no había un sistema uniforme de impuestos, y todos los artículos manufacturados eran importados por mar, las aduanas eran la fuente principal de ingresos para el Estado. Para Juárez era una ventaja estar en posesión del puerto principal del país, y mientras se mantenía firme bajo el cañón de los soldados europeos, cuidaba de no robar a los extranjeros para no hacerse de enemigos.

Miramón en el interior no tenía ni los mismos recursos ni la misma circunspección. No había otro dinero que el de los extranjeros o el de la Iglesia. Como no podía robar a su propio partido, decidió volverse hacia la otra fuente de abasto. Usó su poder así, y su lugarteniente, Márquez<sup>12</sup>, actuó con tal ferocidad que el embajador inglés dejó México cuando Miramón se apoderó de una suma de £130,000, que los terratenientes británicos habían depositado en la legación. También contrajo un préstamo con el banquero suizo Jecker<sup>13</sup>, en términos tan exorbitantes que más bien parecía una estratagema para poner en aprietos a quienes vendrían después de él. Estas dos medidas serían eventualmente fatales para Miramón, pues fueron la causa de la Intervención Europea. Al prometer que restituiría el dinero robado, y que daría satisfacción a otras exigencias de los británicos, Juárez obtuvo de inmediato su reconocimiento por parte de Inglaterra. Hizo las mismas promesas a Francia. Con su apoyo moral y, comprometiéndose a no dejar en manos de sus propios partidarios las propiedades de la Iglesia, obtuvo los medios para expulsar a Miramón de México, y en 1861 fue electo presidente por un periodo de cuatro años. De inmediato despidió a los enviados del Papa y de los españoles, decretó la confiscación absoluta de las tierras de la Iglesia<sup>14</sup> y llevó adelante con energía inflexible el triunfo de sus opiniones. Pero demostró ser incapaz como gobernante, y en extremo inequitativo para llevar a cabo la desesperada tarea de restaurar el orden en un país desordenado por la pasión y arruinado por la anarquía.

El estado de los asuntos en el verano de 1861 es descrito por el embajador inglés<sup>15</sup> en los siguientes pasajes, que resultan importantes porque decidieron la política de Inglaterra:

“Mientras la presente administración, deshonesta e incapaz, siga en el poder, las cosas irán de mal en peor; pero con un gobierno conformado por hombres respetables, si es que pudieran encontrarse, los recursos del país son tan grandes, que éste podría cumplir con sus compromisos con la mayor facilidad, y aumentar

<sup>12</sup> Leonardo Márquez Araujo (1820-1913) llegó a ser general en jefe y lugarteniente del imperio. En 1864 fue enviado por Maximiliano con el encargo de procurar comprar para México los Santos Lugares. Al retirarse los franceses, Maximiliano le propuso a él y a Miramón que organizaran el ejército imperial. Maximiliano decidió nombrar a Márquez lugarteniente del imperio y lo envió desde Querétaro, junto con Santiago Vidaurre, ministro de Hacienda, para que consiguiera refuerzos en México. Retuvo la capital durante 70 días pero el 19 de junio —el mismo día del fusilamiento de Maximiliano— renunció a su cargo y desapareció misteriosamente, para reaparecer meses después en La Habana.

<sup>13</sup> Jean B. Jecker (1810-1871), comerciante y accionista principal de la Casa Jecker de la Torre y Compañía. Jecker se vio mezclado en diversas actividades comerciales cuyo común denominador era una desmedida ambición personal capaz de lesionar la soberanía nacional como fue el caso de las minas de Arizona, las invasiones de los filibusteros franceses en Sonora y, en fin, los preludios de la Intervención Francesa, precipitada por el préstamo al 90% de interés anual (los famosos “Bonos Jecker”) que hizo a Jecker Miguel Miramón. Juárez, al ocupar la silla presidencial, en enero de 1861, declaró nulo dicho contrato. Entre los socios de Jecker estaba el Duque de Morny, medio hermano de Napoleón III. Esta situación es uno de los factores que dará cuerpo a la Intervención Francesa.

<sup>14</sup> De hecho, el presidente Benito Juárez se limitó a llevar a la práctica la Ley de desamortización o Ley Lerdo, el 25 de junio de 1856, cuyos 35 artículos establecían la forma de adjudicación y remate de las fincas eclesiásticas.

<sup>15</sup> Se trata de Sir Charles L. Wyke, a quien las fuentes británicas proporcionan el título de Comisionado del gobierno de Su Majestad Británica en México. Naturalmente, dirigía sus informes diplomáticos a Lord Russell, Secretario de la Foreign Office en aquellos años.

al triple el monto de sus exportaciones, no sólo de metales preciosos, sino de todos aquellos productos por los cuales reciben a cambio bienes manufacturados de los británicos. México proporciona dos terceras partes de la plata que circula ahora, y podría llegar a ser uno de los países más ricos y prósperos del mundo; por eso el interés de Gran Bretaña estriba en poner un alto, si es necesario por la fuerza, al presente estado de anarquía, y en insistir en que su gobierno vaya pagando lo que le debe a los súbditos británicos. Todas las clases respetables miran con esperanza la intervención extranjera, como el único medio posible de salvarlos de la ruina y de conjurar tanto la disolución de la Confederación como un alzamiento general de los indios contra la población blanca. La experiencia de cada día tiende invariablemente a comprobar el extremo absurdo de intentar gobernar el país con los muy limitados poderes concedidos al Ejecutivo por la actual Constitución ultra-liberal, y no veo ninguna esperanza de mejoría a menos que provenga de una intervención extranjera, o de la formación de un gobierno racional, compuesto por los cabecillas del Partido moderado, quienes, en el momento presente, están desprovistos de ánimo y fuerza moral, y temen hacer cualquier movimiento, a menos de tener algún tipo de respaldo proveniente del exterior. Si la pregunta es, ¿qué forma de gobierno sería la que mejor llevaría a la riqueza y al bienestar de México, mediante el establecimiento del orden y un estado de cosas estable y permanente?, no hay duda alguna de que una monarquía constitucional es la forma que con mayor probabilidad pudiera tener el poder central suficiente para ser capaz de consolidar la nación, quizás la única forma de gobierno que pudiese dar alguna esperanza de obtener tal resultado; pero como la pregunta no es qué es mejor para México, sino cuáles son los deseos del pueblo mexicano, temo que la respuesta sea que la gran masa de la población inteligente de México está a favor de las instituciones republicanas. Muchos individuos inteligentes y bien educados, dueños de una buena posición en la sociedad, tienen un deseo bien arraigado de un gobierno fuerte, pero desafortunadamente esta gente es tímida, pasiva para la acción y aunque esté dispuesta a aceptar lo que se haga por ella, es incapaz de hacer nada para realizar lo que desea.”

Como se revelaría pronto, estas palabras serían proféticas. La venta de las propiedades de la Iglesia se llevó a cabo muy desordenadamente, y el dinero fue saqueado. Una propuesta para dar satisfacción a las apremiantes exigencias europeas con dinero prestado por los Estados Unidos, aunque administrado por el gobierno norteamericano, fue rechazada por el Senado y en julio de 1861 el Congreso Mexicano resolvió que todos los pagos a los adeudos europeos deberían suspenderse durante dos años<sup>16</sup>.

Las potencias más involucradas en este desconocimiento —Francia, España y Gran Bretaña— decidieron ahora intervenir conjuntamente, y obtener por la fuerza de las armas alguna seguridad real para la propiedad de sus súbditos, y para el establecimiento, de ser necesario, de un gobierno más confiable. La coyuntura era favorable pues apenas se había iniciado la Guerra Civil<sup>17</sup> en los Estados Unidos, y no había peligro inmediato de intervención desde ese frente. España tomó la iniciativa, su base militar en Cuba le daba la posibilidad de actuar con rapidez, no sin alguna intención apenas disimulada de recobrar sus antiguos dominios. Inglaterra la secundó con cautela, siempre atenta únicamente a sus intereses mercantiles. Francia todavía no manifestaba sus intenciones, y probablemente todavía no las había madurado.

---

<sup>16</sup> La Ley del 17 de julio de 1861, promulgada por el Presidente Benito Juárez, establecía además que serían desconocidas todas las “convenções extranjeras” concertadas para el pago de indemnizaciones pecuniarias. De hecho este decreto fue utilizado por Napoleón III como pretexto para emprender la Intervención y buscar entronizar a un príncipe europeo a la cabeza del gobierno mexicano.

<sup>17</sup> La guerra civil o guerra de secesión se inicia el 12 de abril de 1861 con el ataque a Fort Sumter, en Charleston, Carolina del Sur, por parte del general confederado Pierre Beauregard. La guerra concluye cuando, en mayo de 1865, se rinden las últimas fuerzas confederadas, luego de la capitulación del general confederado Joseph E. Johnston ante las fuerzas del general Sherman, cerca de Dirham, en Carolina del Norte.

Las fuerzas aliadas, que ascendían a cerca de 6,000 hombres, sin medios de transporte ni materiales de guerra para realizar una campaña en el interior, fueron puestas bajo el mando de Prim<sup>18</sup>, general español, un inteligente y ambicioso oficial de buena apariencia, pero un político caprichoso e inestable. A su llegada, el pueblo y el fuerte de Vera Cruz fueron evacuados por las tropas mexicanas. En esta situación extrema, Juárez se supo fortalecer poniendo a la cabeza del Ministerio al General Doblado<sup>19</sup>, cabecilla del partido moderado, un hombre cuya fama de cauto y diestro era muy alta, y cuyos actos en el encargo oficial probarían que la tenía muy bien merecida. En enero de 1862, se expidió un decreto que ordenaba que a todos aquellos que tomaran las armas en contra de la República se les juzgara por una corte marcial y fueran muertos como traidores.<sup>20</sup> Esta es la ley por la cual habría de morir el Emperador, y la que le dio a su ejecución un carácter legal. Doblado tuvo una entrevista con Prim, se explayó sobre las deplorables condiciones del país, y convino que las demandas legítimas de los aliados serían cabalmente cumplidas, con tal de que reconocieran al gobierno existente. A los aliados, que no estaban equipados para una campaña militar, estos términos les parecieron aceptables y le tomaron la palabra a Doblado. Pero el acuerdo tenía que ser enviado a Europa para su aprobación, y mientras eso sucedía se convino en que los aliados salieran de los pantanos pestilentes de Vera Cruz y llegaran a regiones más saludables, como las situadas en las primeras montañas y colinas. Esto los ponía dentro de la línea más alejada de las defensas mexicanas, y quedó estipulado que si no se ratificaban los acuerdos preliminares, antes de que se iniciaran las hostilidades, los aliados extranjeros se retirarían primero a los llanos de abajo.

Ahora tenían que puntualizarse las reclamaciones de las tres potencias. Las de España e Inglaterra eran claras y fácilmente enunciadas. Los miembros de la comisión francesa exigieron, además de otras grandes sumas, tres millones de libras esterlinas para el banquero Jecker. Sus colegas protestaron contra estas demandas excesivas. Afirieron que la suma adelantada por el banquero a Miramón era solamente de £160,000, y además subrayaron que Jecker no era francés sino suizo, y que la custodia de los intereses suizos en México pertenecía a la legación norteamericana. De inmediato Jecker fue naturalizado francés, y el gobierno compró sus bonos. Para este propósito se enviaron varios agentes con instrucciones selladas hacia los Estados Unidos; dos de ellos, cuando descubrieron el encargo para el cual habían sido contratados, se deshicieron indignados de la comisión. Mientras esta transacción estaba atizando la discordia en el campo aliado, algunos exiliados mexicanos del partido conservador hicieron su aparición en Vera Cruz. Uno de ellos era Miramón. Fue arrestado y expulsado por el Almirante británico, sobre la base de que la expedición no podía asociarse con un partido opositor al mismo tiempo que estaba reconociendo al gobierno del otro.

A Miramón lo siguió rápidamente el General Almonte, quien durante muchos años fue el jefe de los agentes del partido conservador en Europa, así como el consejero secreto del gobierno francés, hombre de elevado carácter

<sup>18</sup> Juan Prim y Prats (1814-1870). Militar español, hijo de un notario acaudalado, nombrado Conde de Reus y Vizconde del Burch, capitán general de la isla de Puerto Rico, amigo de Napoleón III. Fue el Jefe de la Expedición Española que invadió México en 1861 conforme a la Convención de Londres. Prim desembarca en Veracruz el 9 de enero de 1862 pero de acuerdo con el jefe inglés y los términos de la convención de Londres, decide no apoyar el proyecto francés de establecer una monarquía en México. Luego de conferenciar con Manuel Doblado se retira junto con el representante inglés. Fue atacado duramente por el Senado Español

<sup>19</sup> Manuel Doblado (1818-1865) se distinguió desde muy joven por su inteligencia y su habilidad como político, como lo prueba el hecho de que haya logrado firmar *El Tratado de la Soledad* que luego violaron los franceses. Acompañó a Juárez, primero a Saltillo y Monterrey y, luego, hasta Paso del Norte (hoy Ciudad Juárez). Por razones de salud viajó a Nueva York donde murió.

<sup>20</sup> El Decreto de enero de 1862 coincide con el inicio de la Intervención y el desembarco de las primeras tropas extranjeras.

y gran influencia.<sup>21</sup> Declaró que venía desde Francia con la misión de establecer un gobierno provisional, introducir una monarquía, y procurar la elección del Archiduque Maximiliano. Los comisionados inglés y español exigieron su expulsión, cuando, en ese momento, llegó el general Lorencez<sup>22</sup> con refuerzos franceses, anunciando que Napoleón había rechazado el acuerdo con Doblado, que había enviado a Almonte a México, y que sólo deseaba la guerra. La alianza de las tres potencias se disolvió de inmediato; los españoles zarparon para Cuba en barcos ingleses, y Francia fue dejada sola a su suerte, para que realizara el plan ya confesado de erigir un trono allende el Atlántico.

En los designios del Emperador Napoleón<sup>23</sup>, la expedición mexicana era el primer paso hacia la ejecución de un esquema audaz y magnífico, al que dio por nombre el de la regeneración del Mundo Latino. La antigua rivalidad entre Francia e Inglaterra se ensanchó hacia la oposición entre la raza latina y la anglo-sajona. Si remontamos nuestro pensamiento un siglo atrás, no será difícil encontrar en la historia de las dos naciones los motivos que sugirieron la idea. Apenas cien años antes, vastos territorios en Canadá, en el Mississippi y en las Indias Occidentales pertenecieron a la Corona de Francia, y aventureros franceses de gran audacia y destreza estaban poniendo los cimientos de un Imperio en Indostán. Una a una estas posesiones se fueron yendo, y Francia, vigilada por vecinos celosos, había perdido prácticamente el poder de expansión en Europa.

¿Cuál había sido, entre tanto, el progreso de Inglaterra? Las colonias que Francia ha perdido han sido casi todas ganadas por ella. Inglaterra, no Francia, empuña el cetro del Gran Mogol.<sup>24</sup> Su pueblo ha circunvalado el globo con una guirnalda de asentamientos británicos. Casi podría decirse que nuevos continentes han surgido en el sur del océano para recibir el flujo incesante de su población. Su imperio colonial es como un vivero de naciones poderosas

---

<sup>21</sup> Juan Nepomuceno Almonte (1803-1868) inició muy joven su carrera militar pues el congreso de Chilpancingo, en 1824, lo nombró general Brigadier. Formó parte de la comisión que envió Morelos a los Estados Unidos para buscar recursos y relaciones. Luego de una carrera militar, política y diplomática, formó parte de quienes ofrecen a Maximiliano la corona imperial, aunque ya desde años atrás había pedido –a nombre de Zuloaga y luego de Miramón- la intervención extranjera en México. Maximiliano lo hizo objeto de diversas distinciones y en 1866 lo nombró su representante para conseguir la permanencia de las tropas francesas en México pero sus instrucciones fueron nulas. Murió en París adonde se había quedado luego de la caída del Imperio.

<sup>22</sup> Carlos Fernando Latrille, Conde de Lorencez (1814-1892). Desde marzo de 1862 encabezó el cuerpo expedicionario francés en México al frente de 6,000 soldados. Fue sustituido en septiembre de ese año por el general Forcy, luego de haber sido rechazado tres veces por los defensores de la ciudad de Puebla. Este revés militar causó profundo desconcierto en el ejército y en las altas esferas de Francia.

<sup>23</sup> Napoleón III. Carlos Luis Napoleón Bonaparte (1808-1873), emperador de Francia. Fue hijo de Luis Bonaparte, rey de Holanda, y de Hortensia de Beauharnais. En diciembre de 1848 fue electo presidente de la Segunda República. Tres años después, gracias a un golpe de Estado, amplió sus facultades y poderes, y se coronó emperador en diciembre de 1852. Durante algún tiempo fue un factor de equilibrio entre las naciones de Europa, pero su declive se inicia a partir de 1861 cuando atiende las intrigas tentadoras de los mexicanos residentes en Europa que veían la instauración de una anarquía en México. Las voces de la Emperatriz Eugenia y la de su medio hermano el conde de Morny fueron preparando su ánimo para emprender la malograda intervención. Acicateado primero por la ambición de apoderarse de las tierras de Sonora para su explotación minera y luego orillado por las fuerzas de los Estados Unidos a retirar sus tropas de México, finalmente fue derrotado en la guerra franco-prusiana por el canciller Bismarck en 1870. Capturado en la Sedán, fue encarcelado en Alemania y pasó sus últimos años enfermo y malhumorado en Chisleshurst, Kent, Inglaterra.

<sup>24</sup> Se refiere al territorio dominado por el Imperio Mogol (cuyos soberanos pertenecían a una dinastía mahometana), que actualmente comprende India y Pakistán.

que lleva a los más distantes lugares de la tierra el idioma y las leyes del hogar inglés. Jorge III<sup>25</sup> heredó dominios habitados quizá por diez millones de seres humanos. En Norteamérica, los hijos de nuestra raza están esperando el tiempo en que todo el continente sea suyo.

Pero en ese continente hay treinta millones de hombres, no de descendencia francesa, sino de unas amalgamas aliadas con el francés, que derivan su cultura literaria y su impulso intelectual de París, cuyo tráfico es llevado a través de puertos que miran a Francia como a su cabeza y se vuelven hacia ella en busca de protección para no ser absorbidos por una raza extranjera. El comercio de Francia con América del Sur es casi equiparable a su comercio con los Estados Unidos, y es más provechoso para ésta porque se transporta en barcos franceses. En los diez años anteriores a la expedición, creció de £6'000,000 a £20'000,000. América del Sur es la más vasta y segura puerta que le queda al desarrollo del comercio en Francia, el mercado con mayores perspectivas de crecimiento para la industria francesa. Resultaba a todas luces manifiesto el interés de Francia en impedir que ese comercio cayera bajo el control de la estrecha política mercantil de los Estados Unidos y en asegurar su propia influencia sobre naciones con semejante futuro. En palabras del Emperador: "No está en nuestro interés que los Estados Unidos lleguen a apoderarse de todo el Golfo de México, las Antillas y América del Sur, y logren a ser los únicos distribuidores de lo que produce el Nuevo Mundo. La triste experiencia nos ha hecho ver cuán precario es el destino de una industria que se ve obligada a buscar su materia prima en un mercado único, bajo todas las vicisitudes a que está expuesto ese mercado." El establecimiento de una dependencia francesa en México habría controlado el progreso de la Unión hacia el Sur, y hubiera cortado al continente en dos.

Cuando Juárez repudió estos acuerdos con los acreedores europeos, los confederados<sup>26</sup> habían ganado sus primeras victorias, y el Norte no era capaz de repeler una intervención sobre su frontera. Poco después, los comisionados del Sur fueron capturados a bordo del *Trent*<sup>27</sup>, e Inglaterra empezó a armarse. El Emperador francés calculó proseguir su tarea sin interrupción, y pensó que, en caso necesario, Inglaterra lo ayudaría a dar apoyo al Sur. En consecuencia, desde fines de 1861 empezó a prestar oídos atentos a los exiliados mexicanos, quienes se explayaban sobre los sufrimientos y potencialidades de su país, agitando ante sus ojos el anzuelo de la visión espléndida de una nación susceptible de ser regenerada por Francia. Lo convencieron de que la presencia de las tropas sería bienvenida, que no habría resistencia seria, y que un poderoso partido se aliaría naturalmente a sus propósitos. Con esta creencia, y con Almonte de su lado, los franceses avanzaron hacia México, con una fuerza de 6,000 hombres. El 5 de mayo de 1862 hicieron su aparición ante Puebla, la segunda ciudad de aquella tierra, situada a medio camino de Vera Cruz y de la capital. Fueron recibidos con una estampida de cañonazos tan vigorosos que tuvieron que retirarse a una posición desde la cual fuera posible esperar refuerzos sin exponerse al peligro de ser desalojados. Después de ese revés militar, la opinión pública en Francia dio su apoyo para que el Emperador despachara un ejército de 30,000 hombres, equipados con todos los pertrechos necesarios para la guerra. Desembarcaron en otoño, y el invierno transcurrió entre preparativos.

Se había perdido un año completo antes de que cayera Puebla, tras una obstinada defensa, y en junio de 1863 los franceses hicieron su entrada en la ciudad de México. Los primeros reveses y las largas demoras de los franceses

<sup>25</sup> George III (1738-1820) heredó de su abuelo George II el trono de Gran Bretaña. Durante su reinado se perdieron las colonias en Norteamérica. A partir de 1810 su salud mental empezó a declinar y murió ciego y loco diez años después.

<sup>26</sup> Las primeras batallas de la guerra civil en Norteamérica las ganó el general Robert Edward Lee quien era Jefe del Ejército de Virginia del Norte. Pero en julio de 1863 fue vencido en la célebre batalla de Gettysburg y a partir de ese momento el ejército de los confederados se vió obligado a pelear solamente batallas defensivas.

<sup>27</sup> El 30 de noviembre de 1861 fueron capturados por el Vice-almirante Wilkes a bordo del *Trent* que navegaba por el canal de las Bahamas los agentes confederados comisionados cuyos apellidos eran Mason y Slidell.

consolidaron enormemente la posición de Juárez. La invasión exaltó al dirigente indígena de un partido sectario transformándolo en un campeón de la dignidad y de la independencia de un país, y su tenacidad en sostener la causa no permitió que esa aura se alejara de él, ni siquiera en los peores momentos. La capital no estaba fortificada, y, al aparecer los franceses, Juárez se llevó la silla de su gobierno a una de las ciudades del norte.<sup>28</sup>

Se instituyó un nuevo gobierno provisional; en él Almonte quedaba vinculado con el Arzobispo de México y con una asamblea de notables, seleccionada y convenida por los franceses, que se reunió para decidir sobre el futuro del país. La mayoría de los hombres eminentes de la capital que habían sido invitados, se negaron a asistir, y la reunión quedó compuesta por los conservadores que seguían las órdenes de Almonte y de los franceses. Las órdenes eran proclamar una monarquía, y ofrecer la corona al Archiduque. Fueron obedecidas el 8 de julio de 1863. Las esperanzas largamente postergadas de los realistas mexicanos parecían estar a punto de cristalizarse, cuando una delegación se dirigió a Europa para invitar al Archiduque a que ascendiera al trono de Moctezuma. Fernando Maximiliano, el hermano menor del Emperador de Austria, había ocupado durante mucho tiempo una posición peculiar y excepcional en su país natal.<sup>29</sup> Había circunstancias que lo hacían aparecer como un posible rival de su hermano, y los muchos errores de Francisco José, la confianza menguante en su suerte y en su capacidad de juicio, mantenían viva la costumbre de volver la mirada hacia el Archiduque, que estaba completamente excluido de la conducción de los asuntos de Estado y era considerado como un recurso posible en el último de los casos. Era dueño de algunas de las más altas cualidades de un gobernante: honestidad y firmeza en los propósitos, un corazón bondadoso y sincero, y una mente puesta en los más altos designios. A pesar de muchas y muy variadas experiencias, conservaba una facultad imaginativa poco práctica, cosa que a menudo está relacionada con una gran cultura, y además una cierta generosidad impetuosa que a veces empañaba el efecto de su sagacidad. Aunque sin duda era

<sup>28</sup> Benito Juárez pasó primero por San Luis Potosí, en mayo de 1863, luego por Saltillo, en diciembre, y por Monterrey de abril de 1864 al 15 de agosto del mismo año. De ahí continuó su viaje hacia el norte para alcanzar finalmente Chihuahua, donde residió del 12 de octubre de 1864 al 5 de agosto de 1865. Poco después se retira a Paso del Norte, hoy Ciudad Juárez, donde se vence su periodo presidencial que él prorroga de inmediato por todo el tiempo necesario, fuera del término ordinario prescrito por la Constitución. Sigue su errancia por el norte de México durante fines de 1865 y todo 1866 hasta hacer su entrada triunfal el 15 de julio de 1867 en la ciudad de México.

<sup>29</sup> Fernando Maximiliano de Habsburgo (1832-1867) fue el segundo hijo de los archiduques Francisco Carlos y Sofía y fue por lo mismo el hermano menor del Emperador de Austria-Hungría, Francisco José. Su preceptor, el Conde Enrique de Bombelles pudo influir por sus tendencias liberales en el carácter y el destino de Maximiliano, además de educarlo según un plan de estudios muy avanzados para su época. Fue destinado por deseo propio a la marina y así pudo conocer Grecia, Italia, Francia, Tierra Santa, Egipto. Comandante en jefe y contraalmirante de la flota imperial austriaca desde 1854. Le presentó a su hermano un ambicioso plan para reorganizarla. Fue enviado a París en 1856 para informarse de los planes militares de Napoleón III. De vuelta a Austria y de paso por Bélgica conoce a la princesa Carlota, hija del rey Leopoldo I de Bélgica con quien contraerá nupcias el 27 de julio de 1857, el mismo año en que es nombrado gobernador de las provincias lombardo-venecianas. Poco antes visita Londres, invitado por la reina Victoria y se gana las simpatías y buena voluntad de la familia real inglesa. Sus funciones de Virrey en Milán no son fáciles pues tiene que hacer frente a las consecuencias de las represalias que Austria impuso al vencer los levantamientos populares de la Italia del Norte en 1848, y su política liberal es censurada en Viena. Se le confía un encargo nominal: el mando de la Escuadra del Adriático. Poco después se retira a la vida privada y luego viaja a Brasil. Regresa a reunirse con su esposa Carlota para vivir con ella en el Castillo de Miramar que desde 1854 se había empezado a levantar siguiendo los planes indicados por él. Hacia 1860 empiezan a manifestarse los diversos acontecimientos que, luego de la guerra de Reforma, darán lugar a la Intervención. Y algunos monárquicos mexicanos, como el ya mencionado José María Gutiérrez Estrada (miembro eminente de la aristocracia terrateniente en Mérida, Yucatán) y don José Manuel Hidalgo, se acercan a Napoleón III en busca de un candidato para el trono de México. A partir de ahí empieza a fraguarse el sueño trágico del Imperio que concluirá la mañana del 19 de junio de 1867 cuando Maximiliano es fusilado en Querétaro junto con Miramón y Mejía. Como dato curioso hay que apuntar que Lord Acton moriría un 19 de junio -pero de 1902-, y que su hijo, nacido en 1870, se llamaba Ricardo Maximiliano.

muy inteligente, resultaba tan frecuentemente víctima del engaño que debe haberle fallado algo en la facultad de juzgar a los hombres y de elegir amigos y aliados, virtudes sin las cuales no hay éxito en el gobierno. Su espíritu ardiente, orgulloso, invariablemente contenido, embebido en la insipidez ambiente, su egocentrismo y su incapacidad para lidar en los asuntos de Austria, infundían cierta frialdad y sarcasmo a su carácter. Su censura en voz alta de la política vacilante de su hermano causó un extrañamiento entre ambos que fue creciendo cuando celebró su matrimonio con la hija del sabio Leopoldo<sup>30</sup>: ella era una mujer sagaz y hecha y derecha cuya familia había venido a más al renunciar a aquellos principios de estricta legitimidad que Austria representa en especial. El Archiduque fue el último gobernador austriaco de Lombardía. En ese ingrato oficio era imposible conciliar a los italianos, y él no podía servir permanentemente los intereses de su país. Pero hizo muchos amigos, y muchos hombres creían que hubiese podido desempeñar de buen grado el papel de Ministro en un sistema menos impopular. Incluso se murmuraba que había acariciado la idea de erigir un trono para sí mismo en Lombardía y en Venecia, aparte de la Monarquía austriaca. Al menos había abandonado lo suficiente los antiguos usos de la familia como para caer en Viena bajo la condena de la desconfianza y de la sospecha. Por la época de su matrimonio con la Princesa Real, Maximiliano visitó la Corte Británica e hizo ahí una impresión tan favorable que algunos lamentaron que no hubiese habido a mano para él un prospecto de candidata. Pues ¿quién hubiese podido imaginar en ese momento que el prusiano reservado y carente de pretensiones iba a pasar a ser el niño mimado de la victoria<sup>31</sup>, mientras que al genial, franco y brillante austriaco le estaba destinada una muerte de traidor? Él consagró su cuidadosa devoción a la Marina, un departamento que invariablemente había sido descuidado en Austria, y las virtudes de su administración se hicieron manifiestas cuando la flota que él había creado ganó la mayor batalla marítima de nuestro tiempo. La guerra de 1859 lo privó de esta alta posición, y de ahí se siguieron reproches y recriminaciones que lo apartaron todavía más del Emperador. Se paseaba en su castillo de Miramar<sup>32</sup>, en la punta del Adriático, lamentando sus talentos perdidos, una carrera arruinada y una ambición insatisfecha.

Muy pronto el prospecto de una nueva aventura se abrió ante él. En virtud de una extraña fatalidad, su esposa, la hija de una Princesa de la Casa de Orleáns, era una bonapartista entusiasta, y no solo admiraba sino que deposi-

---

<sup>30</sup> Carlota, Emperatriz de México (1840-1927), es decir María, Carlota, Amelia, Victoria, Clementina, Leopoldina, era hija de los reyes de Bélgica, Leopoldo I y María Luisa de Orleáns. A pesar de que su padre era luterano, fue educada, al igual que sus hermanos, en la religión católica. Su padre gozaba de gran prestigio internacional, era consejero del príncipe Alberto y de la reina Victoria y era considerado como "el juez de paz" de las cortes de Europa. Se casa con Maximiliano de Habsburgo en 1857, en una unión dictada por el amor. Comparte con Maximiliano en Milán las tareas de gobierno de las provincias Lombardo-venecianas, y luego el retiro a la vida civil, después de los desengaños y desencuentros e intrigas a que se ven expuestos por la corte de Viena. En este espinoso contexto resulta plausible que haya prestado oídos atentos a las tentadoras proposiciones, primero de los mexicanos monarquistas y, luego, de los franceses. Su gestión como emperatriz no sólo atendió el decoro del boceto sino abrió su interés a las obras de asistencia en beneficio de las clases necesitadas (fundó, por ejemplo, la Casa de Maternidad e Infancia) sino la suerte de los indios, su estado jurídico, sus manifestaciones artísticas. Sin embargo, su actitud y sus intenciones políticas no siempre fueron afortunadas. Viajó de regreso a Europa el viernes 13 de julio de 1866 para buscar –infructuosamente– que continuara el apoyo del ejército francés y de Napoleón III para el Imperio. El 27 de septiembre de 1866 tiene una audiencia con el Papa. A partir de ese momento se desencadena la marcha de su locura. Morirá muchos años después (en 1927) en el Castillo de Bouchot adonde la había recluido su familia.

<sup>31</sup> Se refiere a Otto, príncipe de Bismarck (1815-1898), también conocido como el Canciller Bismarck, autor de la unificación de Alemania; militar y político de elevada estatura, vencedor de Napoleón III en la guerra Franco-alemana de 1870 en la que, por cierto, participarían muchos de los oficiales que tomaron parte en la Intervención de México.

<sup>32</sup> Castillo de Miramar: Maximiliano hizo construir este castillo cerca de Trieste, según planos que él mismo había diseñado. En ese castillo se firmaron, en abril de 1864, los convenios de Miramar entre Napoleón III y Maximiliano.

taba su confianza en el Emperador Napoleón. Cuando éste, en consecuencia, propuso traspasarle su conquista al Archiduque, con la esperanza de reconciliarse con Austria, la Archiduquesa Carlota, apremió a su esposo para que aceptara. Su inestable posición debe haberse tornado por demás fastidiosa para ella, pues cuando más tarde dejaron su casa, Maximiliano lloró amargamente, y ella no manifestó otras emociones que la alegría y la esperanza. El gobierno de su hermano empleó poderosas medidas para disuadir su aceptación, y se decidió que tenía que renunciar a su lugar en la sucesión, y ser contado en el último sitio después de todos los príncipes del linaje.<sup>33</sup>

Cuando se le dio a conocer el voto de la Asamblea de Notables,<sup>33</sup> él replicó que no podía aceptar la corona a menos que se le asegurara el respaldo de las grandes potencias o hasta que le fuese ofrecida por la libre elección de todo el pueblo mexicano. Los franceses son diestros en el arte de manipular la maquinaria de la elección espontánea, y en abril de 1864, una segunda delegación llevó a Miramar un cetro hecho de oro mexicano asegurándole que la nación toda lo había elegido como Emperador. En realidad, los franceses tenían dominada una porción muy pequeña del país, y la más vasta mayoría ni siquiera estaba registrada para poder votar. Donde los franceses estaban presentes no había ninguna dificultad seria, aunque en algunos lugares los habitantes principales eran encarcelados antes de que pudiesen manifestar o no su adhesión. Maximiliano fue plenamente informado de que la presunta elección no era más que una farsa ceremoniosa. Un republicano mexicano<sup>34</sup> logró abrirse paso hasta Miramar, y le advirtió que los sentimientos reales del país le eran adversos, y que la expedición podía terminar en un desastre.

Pero las promesas de Francia eran excesivamente seductoras. El ejército francés estaba a punto de concluir la pacificación del país, y un poderoso cuerpo iba a ser dejado durante varios años al servicio de Maximiliano. Francia negoció un préstamo en su favor, y diecisiete grandes baúles repletos de monedas de oro llegaron hasta Miramar. El Archiduque no estaba en posición de desdeniar tales estímulos, su fortuna privada estaba en desorden, y las primeras £30,000 del préstamo mexicano fueron para limpiar sus deudas. Surgieron otros puntos que han sido mantenidos en secreto, y los amigos de Maximiliano todavía esperan algunas revelaciones importantes.

Durante su juicio instruyó a su representante legal para que dijera que Napoleón había pedido la cesión de una parte del territorio mexicano tan grande como Gran Bretaña, y que él, indignado, se había negado a desmembrar el país que le había dado una corona. La había aceptado en un momento en que había bajado la marea del éxito en la Guerra Norteamericana y las expectativas de la Confederación ya no eran esperanzadoras.<sup>35</sup> El Archiduque exigió una promesa de que sería respaldado por una alianza militar en caso de guerra con los Estados Unidos; y se afirma categóricamente que Napoleón accedió a dicho compromiso. Accedió en la creencia de que Inglaterra se adheriría al reconocimiento del Sur en caso de que llegara a verse que su resistencia pudiera ser aplastada sin ayuda de Europa,

---

<sup>33</sup> El 11 de junio, Forey “[...] expidió un decreto para la formación de una Junta Superior de Gobierno, compuesta por treinta y cinco personas, que nombraría tres ciudadanos para que ejercieran el poder ejecutivo, y dos suplentes, y eligiera a doscientos quince individuos que en unión de la Junta formaran la Asamblea de Notables. Por acuerdo del 1º de julio, la Asamblea de Notables dio el título de Regencia al poder ejecutivo.” (*Historia general de México 2000*. México, El Colegio de México, 2000, pp. 614 y ss.). Esta regencia designó a la comisión que llevó la oferta de la corona imperial a Maximiliano a Miramar.

<sup>34</sup> El 3 de marzo de 1864, visitó al futuro emperador Maximiliano el abogado y diplomático Jesús Terán (1821-1866), ministro plenipotenciario del gobierno liberal encabezado por Benito Juárez. Intentó en vano convencer a Maximiliano de que desistiera. Murió en París en 1864; sus restos fueron repatriados en 1952.

<sup>35</sup> A partir del mes de julio de 1863, fecha de la batalla de Gettysburg en que es derrotado el general R. E. Lee, empieza la cuenta regresiva que culminará con la derrota del ejército confederado.

y llegó un momento en que Napoleón le hizo a Lord Palmerston<sup>36</sup> la propuesta de un reconocimiento conjunto. El azar quiso que dos de los estadistas más eminentes del Ministerio británico hicieran discursos en las provincias que parecían mostrar una disposición favorable a los Confederados; y el Emperador creyó que arrastrarían a sus colegas con ellos. Este fue el más grave y erróneo cálculo que hizo en todo el asunto mexicano. Tomando una de las resoluciones más importantes nunca adoptada por un Ministerio, el Gabinete británico rechazó la propuesta, y el Emperador se hundió en una guerra mano a mano con los Estados Unidos.

Maximiliano, de su lado, decidió pagar un millón al año mientras los franceses permanecieran en México, y liquidar todas las deudas acumuladas que Juárez había repudiado. De hecho, se sometió a condiciones imposibles de satisfacer, y dio principio a una administración predestinada a la ruina financiera. Llegó a México en junio de 1864, y fue recibido, si no cálida, sí favorablemente. Durante todo un año, los franceses habían controlado al país a través de un gobierno provisional, con éxito militar casi ininterrumpido. Pero se encontraron con una dificultad de un género tan inesperado como formidable. Hacía más de dos años que Juárez había logrado deshacerse del clero, y sus propiedades habían pasado a manos de especuladores, en su mayoría extranjeros, quienes, se creía, no serían fácilmente obligados a restaurarlas. El partido de la Iglesia había pedido una intervención con la esperanza de recobrar esas pérdidas, y cuando los franceses pusieron a los líderes de ese partido a la cabeza del Estado, éstos prefirieron dar razón a sus propias demandas personales, con segura esperanza de éxito.

En Francia, la Iglesia es subsidiada por el Estado, y no posee propiedades independientes. Los franceses supusieron que la práctica vigente en su propio país podía no ser inapropiada para México, donde sería necesaria una revolución para restaurar el antiguo orden, y donde el clero no podía compararse con el sacerdocio asalariado de Francia. La demanda fue rechazada tajantemente. El Episcopado se unió para denunciar a los invasores sacrílegos, y el Arzobispo dejó de ser miembro del gobierno provisional. Por el momento, la ruptura era completa; y la única esperanza para el clero estaba en Maximiliano. Él sabía que, para que un soberano tenga alguna fuerza, no debe identificarse con ningún partido. Su misión estaba en conciliar y llevar juntos intereses lastimados por años de antagonismos. Al declinar la corona por primera vez, había dado a entender que aceptaría recibirla sólo como un obsequio de la nación toda. Al aceptarla más adelante, hizo saber que se consideraba a sí mismo el elegido de la nación, no el nominado de un interés poderoso. Desde el momento mismo de su llegada, empuñó el ramo de olivo de los liberales, y buscó su confianza dándoles un lugar y ofreciéndoles empleo y poder. Muchos aceptaron sus ofrecimientos, y se vio rodeado por hombres que odiaban a aquellos que lo habían ayudado a sentarse en el trono. Al adoptar esta política fue imposible trazar una línea, examinar antecedentes, o rechazar completamente a cualquier candidato por consideraciones amistosas. El Emperador solía quedar decepcionado, y perdía por un lado sin ganar por el otro.

Luego de una prolongada demora, que exasperó a los vacilantes tenedores de las propiedades de la Iglesia tanto como a aquellos que habían sido despojados, Maximiliano tomó la decisión de que todas las ventas legales debían ser confirmadas, y revisadas todas aquellas que fuesen fraudulentas, pero que nada sería restituido al clero si debía ser pagado por el Estado. El Nuncio<sup>37</sup> se peleó con él sobre este punto, y dejó el país. Irritado por la actitud hostil del clero, Maximiliano fue más allá, y restableció lo que era llamado el *Exequatur*, una ley que prohibía la publicación de

<sup>36</sup> Henry John Temple Palmerston (1784-1865) fue ministro de Asuntos Extranjeros y primer ministro de Gran Bretaña en los años conflictivos que van de 1830 a 1865, fecha de su fallecimiento. Aunque era de talante liberal, era contrario a las exigencias de la nueva cultura democrática que surgió después de la Revolución Francesa.

<sup>37</sup> Pedro Francisco Meglia fue el Nuncio Papal enviado a Maximiliano por el Papa Pío IX. Antes había sido arzobispo titular de Damasco y secretario de la Nunciatura en París. Su intransigencia que de hecho hacía eco a la del propio Papa, chocó con las ideas liberales de Maximiliano y las de Carlota y declaró que entre su posición -la devolución de los bienes de la Iglesia- y las de los emperadores había un foso insindicable. Por si fuera poco, publicó una carta en la cual hacía públicas sus desavenencias. Esta última imprudencia precipitó su partida de México y la idea de Napoleón III, del Papa y del propio Maximiliano de firmar un concordato entre México y el Vaticano se malogró.

cualquier documento sobre asuntos eclesiásticos si no contaba con el consentimiento del poder civil. Este derecho había sido abrogado por su hermano, en Austria; por el gobierno italiano, el año anterior; e incluso en México por Juárez, quien adoptó, a este respecto, el criterio de un principio voluntario. No podía ser defendida como una ley liberal, y su restitución parecía más bien una bofetada a la independencia de la religión. El clero alegó que no se había soportado el peso de la guerra civil y traído un ejército extranjero al país sólo para que un príncipe elegido por ellos mismos llegara para confirmar los decretos que habían hecho de su propiedad el botín de sus enemigos.

Declararon que su posición era peor bajo su amigo de lo que lo había sido bajo su perseguidor, Juárez. En consecuencia, retiraron su apoyo, observaron una hostil neutralidad, esperando el momento en el que el Emperador, tan propenso a los extremos, estuviese listo para comprar su ayuda al precio de cualquier sacrificio que ellos llegaran a exigir. En ciertos casos, incluso llegaron a atizar la oposición republicana.

Este fue el primer gran y visible desastre en que incurrió el Imperio. Otro muy pronto sería inminente. La habilidad financiera, rara en cualquier país, no era fácil de encontrar en México; y Napoleón, quien deseaba que su creación tuviese éxito, envió a un alto funcionario del Tesoro de Francia, acompañado de un equipo de contadores. Pero el consejero importado de la Hacienda francesa, murió y no pudo ser remplazado<sup>38</sup>. Las finanzas sufrieron tal quebranto que Maximiliano se vio obligado a pedir dinero a las arcas del ejército francés, y así cayó en el poder de su comandante. Como no podía cumplir sus compromisos con el Emperador Napoleón, era culpable de una ruptura del tratado firmado entre ambos, y así le dio a Francia una excusa para que, llegado el momento, quedara justificada por su lado la ruptura del acuerdo de buena fe.

En lo general, el año 1865 transcurrió tranquilamente. Maximiliano visitó muchas ciudades, vio lo que pudo con sus propios ojos, y consagró su tiempo a la fabricación de decretos por medio de los cuales tenía la esperanza de regenerar al país. Por lo general, estos decretos son sensibles y justos; se orientan en el buen sentido, pero no siempre por el camino adecuado, y en ellos la ornamentación superflua suele usurpar el lugar de las cosas más difíciles y esenciales. Maximiliano era un educador ansioso y decidido, y su celo es digno de todo elogio pues el noventa por ciento de la gente no sabía ni leer ni escribir. Pero se demuestra una ausencia completa de sentido práctico cuando, en una comunidad ayuna de los primeros elementos de la instrucción popular, el Soberano funda una Academia de Ciencias, e inculca en sus ministros, con la mayor gravedad, la importancia de alentar el estudio de la metafísica. Se encontró a sí mismo en la rara posición de un creador de leyes llamado a legislar en un país en el que todo estaba por hacer, y que disfrutaba el lujo de llevar a cabo, al menos sobre el papel, sistemas incubados en los días de retiro visionario. Le faltaron el tiempo y la fuerza para ejecutar mucho de lo que había proyectado.

Hubo una cuestión que solicitaba un acto de alto y generoso estadismo. Los indígenas habían sido reducidos por la pobreza y la falta de energía a la situación de siervos. Estaban en deuda con sus terratenientes, y el producto de todo el trabajo desesperanzado de sus vidas, sin posibilidad alguna de beneficio o liberación, era para sus acreedores. Habían saludado la llegada de Maximiliano como el amanecer de su liberación, y pudo haberlos transformado en el motor voluntario del trono imperial. En las 800,000 millas cuadradas de México, pobladas por 8'000,000 de habitantes, pero más que capaces de sostener a 100'000,000, hubiese sido fácil, sin ningún despojo, distribuir la tierra entre los campesinos herederos de sus antiguos propietarios. Maximiliano adoptó una medida a medias. Abolió las deudas de los indios haciéndolos libres<sup>39</sup>; pero no hizo más, y los dejó

<sup>38</sup> Se refiere al señor Langlais, consejero de Estado y alto funcionario de Hacienda en Francia, muy apreciado por Napoleón III quien, en carta a Maximiliano, le dice: "Le envío al Sr. Langlais, consejero de Estado y hombre de la mayor probidad y de valor real. Es una perla con la cual espero que su majestad sepa adornar su diadema" (Carta de Napoleón III a Maximiliano, 22.VIII.1865 en Egon Caesar Conde Corti, *Maximiliano y Carlota*, p. 607).

<sup>39</sup> En una carta de Maximiliano a su suegro el rey Leopoldo, escrita desde la hacienda de Jalapilla a Orizaba el 12 de mayo de 1865, se decía: "Pero los mejores son y siguen siendo los indios; para ellos he promulgado ahora una nueva Ley que crea un consejo que deberá ocuparse de

caer, bajo la presión de las antiguas causas, en la vieja degradación. Los indios no estaban satisfechos, y los terratenientes estaban desconcertados.

Algo, pero no suficiente, se hizo en pro de la creación de un ejército nativo capaz de defender la Corona y el país una vez que los franceses se hubieran ido. Se formó un regimiento belga y otro austriaco, pero no respondieron a las expectativas. Junto a los franceses, el cuerpo militar más eficiente era la división de Mejía<sup>40</sup>, el general indígena, un hombre de impecable fama. Pero los franceses tuvieron éxito en todo aquello que emprendieron durante el año de 1865. Las fuerzas liberales estaban dispersas, muchos de sus generales se sometieron, y Juárez, empujado de sitio en sitio, desapareció finalmente en cierto punto del extremo norte de México, en la frontera norteamericana, a más de mil millas de la capital. Se decía que se había escapado hacia los Estados Unidos. También por esta época expiraron los cuatro años para los cuales había sido electo presidente, y era imposible convocar a un Congreso para realizar una nueva elección. Muchos de sus seguidores sostenían que había dejado de gobernar, y el Vice-presidente Ortega<sup>41</sup>, el defensor de Puebla, pedía el puesto vacante. La estricta legalidad, que había sido la fuerza de la posición de Juárez, estaba seriamente averiada, y su autoridad había sido incuestionablemente socavada. El país estaba en un estado lastimoso de miseria e inseguridad. Los saqueadores y los asesinos se disfrasaban fácilmente de combatientes. La guerra en México suele ser difícilmente distinguible del robo armado y, como el plan de los liberales era combatir en pequeñas bandas guerrilleras, no era fácil trazar la línea que separa al soldado del bandido. El gobierno pensó que ya era tiempo de acabar con aquellas bandas y de proteger a sus habitantes contra sus incursiones. La victoria sobre el ejército regular fue cabal y completa, y cuando ya había concluido la resistencia organizada, parecía que los hombres que infestaban los caminos no merecían el tratamiento de prisioneros de guerra.

El 2 de octubre Maximiliano publicó un decreto ordenando que se fusilara a todo aquel que fuese sorprendido con las armas en la mano y, al firmarlo, firmó su propia sentencia de muerte. Inmediatamente después de su publicación una fuerza republicana, comandada por Arteaga<sup>42</sup>, fue derrotada, y sus jefes capturados. Obedeciendo

---

ayudarlos atendiendo a sus deseos, quejas y necesidades. Esta medida parece haber producido muy buena impresión en todo el país.” Citada en Egon Caesar Conte Corti, *Maximiliano y Carlota*; traducción de Vicente Caridad (edición original en alemán: 1924; 1<sup>a</sup> reimpresión de la tercera edición, 2003). Fondo de Cultura Económica, Sección Historia, p. 346.

<sup>40</sup> Tomas Mejía (1820-1867). Militar conservador, se adhirió a la Intervención y al Imperio participando en diversos combates como las tomas de Ciudad Victoria y Matamoros, plaza que defendió con éxito contra las fuerzas del general Mariano Escobedo que sitiaban el puerto (del 22 de octubre al 8 de noviembre de 1865). Por estos hechos, recibió una felicitación del emperador Maximiliano. Durante el sitio de Querétaro se portó con valentía y arrojo hasta que fue hecho prisionero y fusilado junto con Emperador Maximiliano el 19 de julio de 1867 en el Cerro de las Campanas.

<sup>41</sup> Jesús González Ortega (1822-1881). Militar improvisado no exento de ilustración, Jesús González Ortega tuvo una brillante carrera militar –venció a Miramón y a sus tropas compuestas por destacados oficiales conservadores. Fue elegido Presidente de la Suprema Corte de Justicia, puesto que le daba la vicepresidencia de la República. A la muerte del general Zaragoza se le nombró jefe del Ejército de Oriente. Defendió a la ciudad de Puebla contra los franceses durante 62 días hasta que enterró los cañones y se entregó como prisionero a los franceses, pero escapó en Orizaba cuando ya lo llevaban hacia los Estados Unidos rumbo a Francia. Al concluir el periodo para el cual Juárez había sido nombrado presidente, un grupo de militares y civiles mexicanos le pidieron a Juárez que le entregara el mando en su calidad de vicepresidente y presidente de la Suprema Corte de Justicia, pero se prorrogó por decreto el periodo presidencial y Ortega fue perseguido por haber abandonado al país sin permiso. En 1866 lanzó un manifiesto contra Juárez y sin embargo resultó elegido diputado. Murió en Santillo luego de haber sido nombrado general por el presidente Manuel González.

<sup>42</sup> José María Arteaga (1827-1865), brillante e ilustre militar liberal. Muy joven fue nombrado coronel y luego general durante la guerra de Reforma. Fue gobernador de Querétaro y de Jalisco. Por sus méritos contra los invasores fue nombrado general de División en 1864. Las

la nueva orden, el general Imperial Méndez<sup>43</sup> procedió a darles muerte. Pero, aunque dispersos y desanimados, los liberales no estaban destruidos. Un informe preparado para el Emperador en noviembre de 1865, estimaba que su fuerza alcanzaba los 24,000 hombres y decía que Juárez no había abandonado la lucha. Permanecía en territorio mexicano, en un pueblo del Río del Norte, desde el cual una lancha lo podía llevar en unos cuantos minutos a la orilla en el país vecino, y mantenía contacto permanente con los generales de su partido. Ahí esperaba la liberación que él sabía próxima. Pues en ese momento, a finales de 1865, su causa fue tomada por un aliado tan poderoso y tan temible que podía ser capaz de expulsar a los franceses de México y echar por tierra al Imperio, sin disparar un solo tiro ni desperdiciar una sola vida humana.

Los Estados Unidos habían visto la intervención y la erección del imperio con angustia y alarma. Sabían que había surgido de un deseo de menguar su influencia, y no podían ser indiferentes a la presencia de un ejército europeo en su frontera mientras estaban agobiados por una guerra civil. Negaban que el Imperio fuese fruto de la libre elección de los mexicanos, y desaprobaban profundamente a un Emperador que era absoluto pues retenía en sus manos todos los poderes del Estado. Se negaron a reconocerlo, pero permanecieron neutrales, decididos a no actuar hasta no hacerlo en forma decisiva. Rechazaron varios planes para ayudar a Juárez a cambio de territorio, y declinaron no sólo las propuestas de Napoleón sino las de aquél. Durante el sitio de Richmond, los Confederados propusieron que los dos ejércitos se unieran para lograr la conquista de México y de Canadá, pero el Norte se negó.

Cuando terminó la guerra de Secesión<sup>44</sup>, el Gobierno de Washington sólo tuvo que aplicar una pequeña presión diplomática al Emperador Napoleón para apresurar el retiro de sus tropas. La presión pronto tomó la forma de amenazas, y Napoleón cedió muy rápidamente. En Europa estaban desarrollándose acontecimientos que apremiaban su impaciencia, en el sentido de que Maximiliano le devolviera sus legiones. En junio de 1866 la guerra estalló en Italia y en Alemania, y en la primera semana de julio los prusianos dieron un golpe que puso a temblar a media Europa, amenazando la supremacía militar y el orgullo de Francia. En estas circunstancias, era seguro que el lenguaje ofensivo de los Estados Unidos no podía pasarse por alto, y Seward<sup>45</sup> usó esta ventaja con gustosa crueldad. Napoleón informó a Maximiliano que debía bastarse a sí mismo, y le anunció al gobierno norteamericano que se retiraría de México en marzo de 1867.

Los rumores de esta extraña correspondencia y de su probable resultado, llegaron a México, y dieron a los liberales nuevos ánimos. Maximiliano le había negado a 25,000 soldados confederados el permiso para que se establecieran en sus territorios; pero algunas de esas fuerzas dispersas se abrieron paso hacia el ejército de Juárez,

---

fuerzas del general Méndez lo hicieron prisionero en Santa Ana, Amacatlán, y fue fusilado en Uruapan, Michoacán.

<sup>43</sup> Ramón Méndez (1834-1867) fue soldado en las filas conservadoras y participó activamente al lado de los imperialistas. Combatió contra José María Arteaga y Carlos Salazar y los hizo fusilar. Más tarde participó en la defensa de Querétaro y fue fusilado al caer la plaza en cuya defensa se distinguió.

<sup>44</sup> La guerra de secesión o guerra civil entre los estados de la unión americana se inició el 12 de abril de 1861 y concluyó en mayo de 1865 al rendirse las últimas fuerzas confederadas.

<sup>45</sup> William Henry Seward (1801-1872) fue secretario de estado del gobierno norteamericano entre 1861 y 1869, es decir con Abraham Lincoln durante los años de la guerra, luego de que el general Lee evacuara Richmond el 2 de abril y de que el 9 Courthouse capitulara en Appomattox. Luego de la rendición de Appomattox, a instancias de Matías Romero, embajador mexicano en Washington, el gobierno norteamericano envió a Texas varios regimientos. El despliegue de esas fuerzas alineadas a lo largo del Río Bravo influyó decisivamente en el ánimo de Napoleón III y, a partir de ese momento, se hizo inevitable la retirada del ejército francés. De ahí que todos los historiadores reconozcan la deuda contraída por el gobierno de Juárez con el ejército de los Estados Unidos. (Véase: Richard Blaire McCornack, "Juárez y la armada norteamericana", en *Historia Mexicana*, núm. 24, Vol. vi, abril-junio de 1957. México, El Colegio de México, pp. 492-509.)

y en junio de 1866, la importante ciudad fronteriza de Matamoros, defendida por Mejía, tuvo que capitular ante Escobedo.<sup>46</sup> A partir de ese revés, la fortuna empezó a cambiar rápidamente, y los franceses tuvieron que empezar a retirarse de los puestos más distantes, mientras enjambres de liberales aparecían por todos los horizontes.<sup>47</sup>

Cuando Maximiliano supo de las intenciones tornadizas de Napoleón<sup>48</sup>, anticipó el final, y habló de abdicación. La Emperatriz lo convenció de que se quedara, mientras ella emprendía un viaje a Europa. Ella obligaría al Emperador a cumplir sus promesas. Induciría al Papa a reconciliar al clero con el Imperio. Fracasó completamente en ambos intentos, y en su última entrevista con Pío IX<sup>49</sup>, al darse cuenta de que no había lugar para ninguna esperanza, se volvió loca. Desde principios de octubre, las noticias alcanzaron a su marido, y entonces todo su valor se hizo polvo. No hacía mucho había cambiado un Ministro liberal por uno conservador, y había ofrecido a dos generales franceses los dos principales departamentos. Pero Napoleón les había prohibido aceptar, y todavía no llegaba ninguna ayuda substancial por parte del clero. Agobiado por la enfermedad y la pena, desertado por todos lados y sabiendo que su Imperio se desmoronaba, Maximiliano salió hacia la costa con una indefinida intención de zarpar hacia Europa. El consejero al que mayor confianza le tenía depositada y el que había acompañado a Europa a la Emperatriz<sup>49</sup>, intentó en esta coyuntura sacarlo de ahí apelando a su ambición. Describió el descontento de los austriacos humillados, y le aseguró que deseaban que su hermano abdicara mientras las simpatías hacia él crecían a lo largo del país.

Francisco José estaba al corriente de esta intriga, pero hizo un último esfuerzo por salvar a su hermano resituyéndole, si regresaba, su posición a la cabeza de los príncipes de su sangre. Un edecán de Napoleón llegó a México para apresurar la salida de las tropas y recibió instrucciones de emplear todos los medios, salvo la fuerza, para inducir a Maximiliano a que abdicara. A los franceses no les gustaba la deshonra de dejarlo abandonado a su suerte, y esperaban, si dejaba de reinar, hacer sus propios arreglos con los mexicanos, y dejar detrás de ellos un gobierno que no les fuese completamente hostil. No se podía ocultar que la expedición había sido un gigantesco fracaso, perjudicial y humillante para la reputación del ejército y la estabilidad del trono. Pero el golpe podía ser más agudamente resentido si el hombre contra el cual habían hecho la guerra durante cuatro años y con quien se habían negado a tener trato alguno, permanecía incombustible en su cargo, victorioso sobre las armas y sobre las

<sup>46</sup> Mariano Escobedo (1827-1902), adoptó en 1854 el Plan de Ayutla, participó en la guerra de Reforma e hizo toda la campaña contra los franceses. Participó en la toma de Querétaro donde ya era jefe de las operaciones del ejército republicano, designado por Juárez. Gobernador de Nuevo León y de San Luis Potosí, diputado, ministro de guerra y marina y presidente de la Suprema Corte de Justicia Militar. Las fuerzas de Mariano Escobedo tomaron el puerto de Matamoros, defendido por las fuerzas de Mejía, el 28 de junio de 1866, luego de un asedio.

<sup>47</sup> Léonce Détroyat (1829-1898) vino a México con el fin de dirigir las finanzas del imperio. Leía, hablaba y escribía bien el español. En 1865 se le designó director general de la Marina en México y un poco después subsecretario de Estado. En 1866 sale a Europa acompañando a la emperatriz Carlota. Fue uno de los pocos que, comprobando la realidad de las cosas, aconsejó al emperador Maximiliano que abdicara: "se juega la suerte del Imperio, ha caído el velo —según decía—, vuestra Majestad debe renunciar". Con las consecuencias conocidas, su consejo no fue atendido. El velo al que se refería era de las intenciones de Napoleón III de romper sus promesas de apoyo militar al Imperio mexicano de Maximiliano.

<sup>48</sup> Giovanni María Mastai Ferreti, luego conocido como Pío IX (1792-1878) ejerció un largo pontificado que fue desde 1846 hasta su muerte. Durante su pontificado fue hecho prisionero en dos ocasiones, primero en 1849 por la República de Manzini y luego por el monarca Víctor Manuel en 1870, quien tomó Roma. Durante su prolongado y agitado pontificado, celebró concordatos y canonizaciones innumerables, proclamó fiestas, promulgó dogmas y lanzó encíclicas en las que puede leerse entre líneas la historia de la iglesia por esos años. La entrevista de Carlota con el Papa tuvo lugar el 27 de septiembre de 1866.

<sup>49</sup> Stephen Herzfeld.

habilidades de Napoleón III. Eran tan apremiantes en su deseo de que abdicara que Maximiliano se sintió insultado y terminó creyendo que había sido traicionado.

Mientras estaba titubeando y vagando a lo largo de la costa, apareció una fragata norteamericana en Vera Cruz transportando al general Sherman y a Campbell<sup>50</sup> como enviados acreditados ante Juárez. Habían zarpado de Nueva York el 11 de noviembre, cuando se suponía que Maximiliano había abdicado dejando a los franceses en el país. El gobierno en Washington había decidido que en ese caso su candidato, y no el de Napoleón, debía prevalecer. Campbell estaba encargado de brindar apoyo y ayuda a la República, y la presencia del soldado más capaz de la Unión indicaba ostensiblemente de qué índole iba a ser tal asistencia. Cuando estos enviados se encontraron con que Maximiliano no se había ido, comprendieron que su misión era un fiasco y se retiraron. El Emperador no podía creer que un Ministro norteamericano, escoltado por un personaje como Sherman, hubiese venido hasta Vera Cruz y luego se hubiese ido sin hacer nada. Se convenció de que Francia y los Estados Unidos habían llegado a un acuerdo, y habían entrado en una subasta cuyo precio era su corona. Las apremiantes invitaciones a irse junto con los franceses le parecieron péridas, y pensó que era una desgracia que su vida fuese salvada por los mismos que habían jugado al trueque con su trono.

Mientras tanto, el partido de la Iglesia, que durante tanto tiempo se mantuvo fríamente distanciado, pensó que había llegado el momento de imponer sus propias condiciones. Se expuso al Emperador que, con la desaparición de los invasores, se esfumaría la causa de su impopularidad, y que ahora lo apoyarían los buenos patriotas que se habían negado a reconocer a alguien designado por una potencia extranjera. Miramón<sup>51</sup> llegó desde Europa en el momento crítico y ofreció su espada a Maximiliano. El embajador de Prusia<sup>52</sup> también le aconsejó que se quedara. El clero prometió su poderosa ayuda, y Maximiliano cedió. A sus ojos no había nada que esperar de Europa. Ninguna carrera pública estaba abierta para el hombre que había fracasado tan señaladamente en una empresa que él mismo había buscado. Si antes en Austria su posición había sido angustiosa, ahora sería intolerable. Se había peleado con su familia, con su Iglesia, con el protector a cuyas tentaciones había prestado oídos. Y para él ya no podía haber la felicidad del hogar doméstico.

En México no había esperanzas por las cuales vivir, pero todavía había una causa por la cual sería glorioso morir. Había amigos a quienes no podía dejar perecer como expiación de las medidas en que había consistido su trabajo. Sabía lo que sería la venganza de los vencedores. Sabía que quienes le habían sido más fieles serían seguramente objeto de una carnicería, y consideraba que él, a quien nunca se había visto en un campo de batalla, no tenía derecho a huir sin pelear. Probablemente sentía que cuando un monarca no puede conservar su trono, nada puede ser mejor para él que cavar su tumba bajo sus ruinas. Desistió, y horaño regresó lentamente a la capital. Quién sabe qué concesiones pudo arrancar al partido en cuyas manos estaba. Pero le dirigió una carta al Papa expresando su pena por la política en la que había fracasado, y en Roma, donde alguna vez fue considerado como un perseguidor e incluso como un apóstata, la carta fue saludada como una retractación solemne y cabal.

A partir de ese momento Maximiliano dejó de ser la cabeza de un gobierno nacional para pasar a ser un cábilla sectario que ni siquiera tenía el control de su propio partido. Dejó de lado la pompa de la Majestad, y vivió

<sup>50</sup> William T. Sherman (1820-1891) fue general de la Unión durante la guerra civil. Su hermano John (1823-1900) fue embajador y político. Viajó en compañía del embajador Lewis David Campbell (1811-1882) el 22 de noviembre de 1866, con autorización para ofrecer al Presidente Juárez el apoyo moral de los Estados Unidos y el uso de la fuerza militar para ayudar a la restauración de la República. Campbell permanecería en México en calidad de embajador hasta 1868.

<sup>51</sup> Miramón había sido enviado a Europa por Maximiliano para que tomara cursos de estrategia militar en Alemania con el fin de alejarlo del ejército.

<sup>52</sup> El Barón de Magnus.

en residencias privadas, especialmente como huésped del clero. Declaró que sólo era provisionalmente el Jefe del Estado, y que se mantendría en el cargo sólo hasta que una asamblea nacional decidiera cuál sería el futuro de México. Invitó a Juárez a someter sus exigencias al mismo arbitraje pacífico, y propuso que hubiese una amnistía general para detener el derramamiento de sangre. En todo esto los liberales sólo vieron signos de debilidad, y supieron que su propio triunfo se acercaba. No opusieron obstáculos a los franceses que se iban, pero rodearon en número abrumador al débil ejército del Imperio.

La derrota de Miramón en el gran camino del Norte<sup>53</sup> obligó a Maximiliano a presentarse en el campo de batalla. Por primera vez se puso a sí mismo a la cabeza de las tropas, y se reunió con Miramón en Querétaro. Hace un año en este día<sup>54</sup> fue rodeado y sitiado por Escobedo a la cabeza de un ejército que rápidamente subió a más de 40,000 hombres. Márquez fue enviado a México por refuerzos pero nunca regresó, y gastó el poco tiempo que le quedaba en sacarles dinero a los habitantes de esa ciudad. El sitio avanzaba lentamente, y el 24 de abril Miramón hizo una salida exitosa y abrió por un momento el camino hacia la capital. Pero los hombres estaban exhaustos por la pelea, y el Emperador se negó a abandonarlos. Declaró que no había ido a Querétaro a huir del peligro. A quienes lo vieron durante estos días ansiosos, hosco y envejecido, con una barba que cubría su pecho, y la fiebre de la desesperación en los ojos, conduciendo la defensa y constantemente bajo fuego, les pareció que anhelaba la gloriosa muerte del soldado. Pronto los pertrechos estuvieron a punto de agotarse, la certeza de la traición de Márquez disipó toda esperanza de ayuda, y se resolvió, el 15 de mayo, que la guarnición intentaría abrirse camino a través del enemigo. Era demasiado tarde. Desde hacía cuatro días, López<sup>55</sup>, el segundo oficial al mando, había estado en comunicación con Escobedo y había aceptado un soborno de 1,400 libras. Tarde en la noche del día 14, vio al Emperador; y luego, a las dos de la mañana, introdujo a un general republicano en el fuerte. Este general estaba disfrazado y llevaba ocultas las armas. Permaneció dos horas y examinó las maniobras por dentro. Entonces López hizo retirar a los centinelas, y sus puestos fueron sigilosamente ocupados por los soldados de Riva Palacio<sup>56</sup>, el único oficial que había sido exceptuado por su propio nombre del decreto de octubre.

Al despuntar el día, las campanas de las iglesias de Querétaro anunciaron al campo Republicano que el lugar había sido ganado. El traidor subió al cuarto del Emperador y le dijo que el enemigo estaba ahí. Maximiliano salió precipitadamente pero fue detenido por los soldados liberales que no lo reconocieron. López le susurró al oficial quién era. Entonces el generoso mexicano le cedió al Emperador el paso pretendiendo que lo tomaba por un civil; y se escapó a una posición fortificada a cierta distancia. Ahí se le unió el fiel Mejía, y todos los ofi-

53 Al regreso de su misión en Berlín, Miramón fue nombrado por Maximiliano jefe de uno de los tres grandes cuerpos en que se dividió el ejército imperial. Realizó un ataque a Zacatecas, estuvo a punto de aprehender a Juárez pero finalmente fue derrotado y volvió a Querétaro donde participó valientemente en la defensa de la plaza.

54 O sea, el 10 de marzo de 1867.

55 Miguel López (? – 1891) acompañó a Maximiliano desde su llegada a México formando parte de su séquito y durante el primer viaje de los emperadores cabalgó al lado de la ventanilla de la diligencia. Bazaine le tenía aprecio y le concedió la cruz de oficial de la Legión de honor. Años más tarde publicaría un panfleto en que exculpaba su traición: *A ses concitoyens et au monde*, México, 31 de julio de 1907.

56 Vicente Riva Palacio (1832-1896), político y escritor hijo de Mariano Riva Palacio (1803-1880), el defensor de Maximiliano durante el proceso que se le siguió. Vicente Riva Palacio fue un hombre caballero y culto, de límpida prosapia liberal pues descendía por su madre, doña Dolores Guerrero, del general Vicente Guerrero. Se recibió como abogado, rechazó la cartera de Hacienda que le fue ofrecida por Benito Juárez y abrazó las armas en cuanto se inició la Intervención Francesa. A la muerte del general Arteaga, lo sucedió como jefe del Ejército del Centro. Participó en el sitio de Toluca y de Querétaro. Fue un escritor prolífico, valioso y popular. Además fue el editor de la famosa obra *Méjico a través de los siglos* y del periódico *El ahuehuete*. También es célebre por sus novelas históricas y graciosos versos satíricos y de combate.

ciales y hombres que pudieron abrirse paso a través de las columnas de los liberales que ahora pululaban por el pueblo. Sólo Miramón intentó una desesperada resistencia. Un disparo lo alcanzó en la cara y cayó, cegado por su sangre, en manos de sus enemigos.

La posición ocupada por los imperialistas fue barrida por la artillería, no pudo ser defendida, y a las ocho de la noche se rindieron. Entre los prisioneros estaba Méndez, el causante de que el decreto de octubre se ejecutara sobre Arteaga<sup>57</sup> y sus compañeros. Fue ejecutado el mismo día. El Emperador fue encerrado junto con Miramón y Mejía, en una celda del convento de las capuchinas, y se les anunció que serían juzgados por una corte marcial, según el decreto de enero. A partir de ese momento, Maximiliano ya no conservó ninguna esperanza de vida. Le regaló su caballo a Riva Palacio, el más gentil y caballeroso de sus enemigos, y telegrafió a México al Ministro de Prusia pidiendo consejo legal para preparar su defensa.

Méjico ya estaba sitiado por un ejército liberal, y la ciudad era bombardeada con proyectiles vacíos rellenos con telegramas que proclamaban la caída de Querétaro. Pero Márquez, el más aborrecido de los generales imperiales, quería ganar tiempo y suprimió las noticias. Maximiliano había depositado su abdicación en las manos del Presidente del Consejo para que la hiciera pública en caso de que muriera o cayera prisionero; pero Márquez lo obligó a mantenerla en secreto e impidió durante algunos días la partida de los abogados defensores que habían sido convocados. El más eminente de éstos era el abogado Riva Palacio, el padre del general, un eminente republicano que había rechazado todas las solicitudes para servir al Emperador en los días de su mayor poder. Los otros parecen haber sido menos distinguidos pero habían sido elegidos entre los liberales. El embajador de Prusia, el Barón de Magnus, había vivido con el Emperador en la intimidad y había sido uno de los consejeros de la expedición que tan fatalmente terminaría. Ninguna potencia europea estaba menos involucrada en los asuntos mexicanos o podía ser menos perjudicial para el partido dominante, y se pensaba que el Barón de Magnus sería el mejor mediador.

La sede del gobierno estaba en la ciudad de San Luis, a 200 millas de Querétaro, pero las conectaba el telégrafo. Dos abogados se quedaron con el Emperador, mientras Riva Palacio y el embajador de Prusia partieron hacia San Luis para interceder ante Juárez. La corte marcial que juzgaría a los prisioneros se dio cita en el escenario del teatro de Querétaro en la mañana del viernes 14 de junio. El lugar estaba iluminado y lleno de espectadores. Maximiliano había estado enfermo en cama durante varios días, y el respeto hacia sí mismo le prohibía aparecer en tal escenario. Los dos generales fueron presentados. Su caso era a todas luces desesperado; y sin embargo el abogado de Mejía causó una profunda impresión cuando pidió para su cliente la misma clemencia que a pesar de los severos decretos había mostrado siempre hacia sus cautivos, y apeló a Escobedo para que dijera cómo había sido tratado cuando había sido prisionero de Mejía. La defensa de Miramón fue menos digna y menos leal. Alegó que no había tenido ningún mando mientras los franceses estuvieron en el país, que él había sido hostil al Imperio que lo había enviado a Europa en una misión inútil, y que había ofrecido sus servicios al jefe de la República. Estos hechos eran ciertos; y en París, Miramón había dicho abiertamente que el fin de la Intervención era hacerlo Presidente de nuevo a él. Maximiliano sabía todo esto, y sabía la manera en que plantearía su defensa. Esto no debe olvidarse cuando lleguemos a la última escena, y veamos cómo el Emperador se dirigió hacia el soldado gallardo pero ambicioso que había estado dispuesto a desertar la causa en la que él iba a morir.

Los puntos más fuertes en la acusación contra Maximiliano eran que había conocido el decreto de enero de 1862 que había sido publicado mucho antes de que él llegara; que la necesidad de un apoyo extranjero le debía haber probado que no era el Soberano legítimo y nacional, y que en conciencia no podía justificar el decreto de octubre cuya aplicación le había costado la vida a 40,000 mexicanos (cifra muy exagerada); que era responsable de la continuación de la guerra civil después de la salida de los franceses y de la introducción de soldados belgas y austriacos cuyos gobiernos no estaban en guerra con la República, y que en consecuencia habían llegado al país en carácter de filibusteros o de asesinos. La respuesta a estos cargos fue estrecha y técnica y no fue digna de la ocasión. Equivalía

57 Véase nota 38, sobre José María Arteaga y nota 39, sobre Ramón Méndez.

en substancia a lo que el Emperador había dicho él mismo: “Pueden ustedes discutir sobre la probabilidad de mi éxito, pero no de la sinceridad de mis motivos.” Por lo que hace al decreto de octubre de 1862, sus abogados desafiaron a la fiscalía a que nombrara un solo caso en que hubiese él negado un perdón.

Poco antes de la medianoche del quince, los prisioneros fueron declarados culpables, su sentencia fue confirmada por Escobedo en la mañana del domingo, se les informó que serían fusilados a las tres del mismo día. Mientras tanto, el desenlace del juicio había sido previsto, y los amigos del Emperador rogaban a Juárez su perdón. Desde el punto de vista de la conveniencia política, su posición era indudablemente más favorable que la de los hombres restringidos a los argumentos legales. Durante la guerra con México una lucha mucho más mortífera había desplegado su furia allende la frontera norteamericana. El autor de la Secesión no era un extranjero como Maximiliano, sino un ciudadano del país en el que había conspirado. Él también había sido derrotado y capturado, y entonces, mientras las monarquías europeas suprimían la revolución con残酷 atroz, Jefferson Davis<sup>58</sup> había sido puesto en libertad por la gran República. En consecuencia, el honor de las instituciones republicanas estaba en las manos de Juárez, y requería que México siguiera el ejemplo de la clemencia triunfante, y que no dejara translucir ni odio hacia el pasado ni temor hacia el futuro.

El Presidente y su ministro Lerdo<sup>59</sup> escucharon en forma paciente pero fría. Dijeron que Europa no era capaz de dar ninguna garantía de que no volvería a proseguir en el mismo intento, que, aun a pesar de sí mismo, Maximiliano continuaría siendo un pretexto y un grito de unión para la facción que lo había entronizado y, en fin, un instrumento por medio del cual las potencias extranjeras, cuando hubiese alguna complicación, podrían ganar una partida en el país. El decreto de octubre pedía a gritos ser expiado, y la muerte de su autor les permitiría salvar al resto. Muchos mexicanos habían encontrado la muerte por el decreto de enero, y el castigo de los de abajo no podía justificarse si la cabeza era perdonada. Al parecer creían que si las puertas de la República estaban señaladas por la sangre de un príncipe, el ángel de la destrucción pasaría sin ver. No mostraron ninguna inclinación a hacer descansar en otros la responsabilidad de su acto, pero resulta difícil creer que fue decidido por una razón de Estado desapasionadamente ponderada.

Juárez sólo poseía una autoridad precaria sobre el ejército; y el ejército, enardecido por la lucha, estaba sediento de vengar a sus camaradas que habían sido ejecutados como asesinos. Podemos imaginar cuáles eran sus sentimientos hacia el extranjero cuyo título había sido un voto extraído por las bayonetas de los invasores, el que había ordenado que sus paisanos y que ellos mismos fueran sacrificados y que ahora estaba convicto por haber sido un estafador y un usurpador, abanderado del partido más débil. Es probable que el autor real de la ejecución del Emperador haya sido Escobedo, y que Juárez haya sido impotente para salvarlo. Cuando llegó a San Luis la noticia de que moriría en tres horas, el embajador de Prusia pidió una breve demora. Sabía que Maximiliano tenía asuntos pendientes que arreglar antes de morir, y había cierta esperanza de que alguna intercesión extranjera llegara a tiempo para salvar su vida. Pero el gobierno norteamericano, a petición del Emperador de Austria, ya había intercedido por su hermano, y lo había hecho en vano. Se concedió una demora de tres días, pero la orden no llegó a Querétaro sino en el último momento, cuando los prisioneros ya estaban listos para la muerte inmediata. Es cierto que, por lo que tocaba a sí mismo, Maximiliano no tenía ninguna esperanza y estaba perfectamente resignado. Un rumor de que su mujer había muerto lo hizo enfrentar con alegría su último destino. En la víspera de su ejecución telegrafió a Juárez pidiéndole ser la única víctima.

---

<sup>58</sup> Jefferson Davis (1808-1889). Agricultor, productor de algodón, militar y político. Defendió el derecho de secesión y de formar una Confederación del Sur de la que terminó presidiendo durante la guerra civil. Fue encarcelado el 10 de mayo de 1865 pero en 1867 se le autorizó trasladarse a Canadá.

<sup>59</sup> Sebastián Lerdo de Tejada (1823-1889), hermano menor de Miguel, uno de los promotores de las leyes de Reforma, gozó de la confianza de Juárez y lo acompañó en su peregrinaje por el Norte de la República durante la invasión francesa y el Imperio. Se dice que influyó en el ánimo de Juárez inclinándolo al rigor en el fusilamiento de Maximiliano. Fue uno de los políticos liberales más beligerantes y controvertidos.

A las seis de la mañana del jueves 19 de junio fue conducido hacia la fatalidad que no había merecido. Su último acto antes de ir hacia el lugar de la ejecución fue escribir la siguiente carta a su implacable conquistador: “Renuncio a mi vida voluntariamente, si el sacrificio puede suscitar el bienestar de mi nuevo país. Pero nada saludable puede crecer de un suelo saturado de sangre, y por eso lo conmino a que la mía sea la última derramada. La fortaleza con que usted ha sostenido la causa que triunfa ahora ganó mi admiración en días más felices, y ruego porque no mengue en la obra pacífica de conciliación que está por llegar.” Cuando llegaron al lugar indicado, dio dinero a los soldados bajo cuyas manos iba a caer, pidiéndoles que apuntaran al corazón pues deseaba que su madre pudiese ver su rostro de nuevo. El oficial que iba a dar la orden de “fuego” le aseguró que detestaba ese deber, y le rogó que no muriera con una sombra de resentimiento hacia él. Maximiliano se lo agradeció y dijo que debía obedecer las órdenes. Mejía estaba en la mayor aflicción y abatimiento. Su esposa acababa de darle un hijo, y cuando dejaba la prisión la vio correr a través de las calles gritando enloquecida con el niño en brazos. El Emperador se despidió de él afectuosamente diciendo: “General, lo que no es compensado en la tierra lo será en el cielo”. Estaba de pie entre los dos mexicanos; pero ya sea por humildad, o magnanimidad o bien obedeciendo una memoria sagrada y solemne que se presentó a su mente en el último y horrible momento, se volvió hacia Miramón y le dijo que en estima de su valentía le iba a ceder el sitio de honor. Sus últimas palabras fueron: “Voy a morir por una causa justa, la de la independencia y libertad de México. ¡Que mi sangre selle las desgracias de mi nueva patria! ¡Que Dios salve a México!” Luego cruzó sus manos sobre su pecho y cayó atravesado por nueve balas.

Cayó, y se llevó con él en su caída la independencia del pueblo al que había venido a salvar. Desde entonces, nada subsiste que pueda detener el asalto de los Estados Unidos en la anexión de la América Española. Si tienen la prudencia de evitar la guerra con Europa y la suficiente sabiduría para arreglar entre sí sus propias discrepancias, podrán acaso alcanzar la más gloriosa herencia que la tierra depara. La conquista de la América Española puede ser fácil y segura, pero está sembrada de peligros. Una confederación pierde su verdadero carácter cuando se gobierna sobre dependencias; y una democracia vive una vida amenazada, si admite a millones de seres de una raza extraña e inferior que no puede ser ni asimilada ni absorbida. Es más probable que los norteamericanos logren atar a sus vecinos con tratados que serán capaces de abrir a todo el continente a su propio influjo y empresa, sin destruir su existencia autónoma.

La memoria del extranjero de cabellos suaves que consagró su vida al bien de México, y que murió por una culpa que no era la suya, vivirá entre la gente por la cual luchó en vano, en el dolor antes que en la ira. Ya desde ahora podemos pronunciar el veredicto de la historia sobre su triste carrera —su peor crimen fue aceptar el regalo traicionero del imperio, pero su desgracia fue mayor que su falta. Pienso que era con mucho el más noble de su raza, y que cumplió la promesa encerrada en sus palabras: “La fama de mis antepasados no degenerará en mí.”

# CRONOLOGÍA DE LORD ACTON\*

---

Acton nace en Nápoles.

- 1837 Fallece su padre, sir Ferdinand Richard Edgard Acton.
- 1840 Su madre contrae segundo matrimonio con lord Leveson Coger, conde de Granville.
- 1842 Estudia en Francia con monseñor Dupanloup.
- 1843 Ingresa en el St. Mary College de Oscott.
- 1850 Va a Munich para estudiar con Ignaz von Döllinger.
- 1853 Acompaña a lord Ellesmere en un viaje a los Estados Unidos de América.
- 1856 Viaja a Rusia y a Francia.
- 1857 Visita Italia y Roma con Döllinger.
- 1858 Publica “Reflexiones políticas sobre la Iglesia”.
- 1859 Se hace copropietario de la publicación mensual católica *The Rambler*, donde publicará sus primeros artículos.
- 1859-1865 Diputado *whig* por el distrito irlandés de Carlow.
- 1860 Fallece su madre, lady Granville.
- 1861 Publica “Cavour” y “Las causas políticas de la revolución americana”.
- 1862 *The Rambler* es sustituida por la publicación trimestral *The Home and Foreign Review*, de la que es propietario y editor.
- Publica “Nacionalidad” y “La teoría protestante de la persecución”.
- Publica “Ultramontanismo”.
- Cierre de *The Home and Foreign Review*.
- Publica “Conflictos con Roma”.
- Pío IX publica el *Syllabus*.

---

\* Preparada por: Manuel Álvarez Tardío (1999).

1865 Contrae matrimonio con Marie von Arco-Valley.

— Manning es nombrado nuevo arzobispo de Westminster, en sustitución de Wiseman.

1865-1866 Diputado por Bridgnorth.

1866 Nace su primera hija, Mary Elisabeth, que vivirá hasta 1955.

— Pronuncia en Bridgnorth una conferencia sobre “La guerra civil de América”.

— Realiza investigaciones sobre el Concilio de Trento.

1867 Colabora en el semanario *The Chronicle*, que cerrará en 1868, pasando entonces a colaborar con la publicación trimestral *North British Review*.

1868 Termina su carrera parlamentaria.

— Nace su segunda hija, Annie, que vivirá hasta 1917.

— El 10 de marzo leyó en la “Literary and Scientific Institution” de Bridgenorth, su célebre conferencia *Surgimiento y caída del imperio mexicano* que fue publicada en el *Bridgenorth Journal*. Ha sido reimpressa en sus *Historical Essays* (pp. 214- 242). Aquí se toma de Lord Acton: *Selected Writings. Vol. 3. Historiography, Addresses, Essays and Lectures*. Ed. J. Rufus Fears. Indianapolis, 1986, Liberty Classics/Liberty Fund, pp. 173-197. Este ensayo ha sido considerado como la conferencia pública más acabada y fina de cuantas dio Lord Acton.

1869 Se establece en Roma para seguir el Concilio Vaticano I.

— El gobierno de Gladstone propone su nombramiento como par.

— Se publican las *Quirinus Letters* en Alemania.

— Publica “El Concilio Vaticano”.

1870 Nace su primer hijo varón, Richard Maximiliam, que vivirá hasta 1924.

1871 Döllinger y un grupo de católicos alemanes son excomulgados. Fundan la Iglesia de los Católicos Viejos.

1872 Recibe el doctorado honorario de la Universidad de Munich.

— Cesa la publicación de *North British Review*.

1873 Nace su segundo hijo varón, John, que vivirá sólo diez meses.

- Es nombrado *doctor honoris causa* en derecho por la Universidad de Cambridge.
- 1874-1875** Gladstone publica “The Vatican Decrees in their Bearing on Civil Allegiance”.
- Acton le contesta con cuatro cartas abiertas a *The Times*.
- Nace su tercera hija, Elizabeth, que vivirá sólo siete años.
- 1876** Nace su última hija, Jeanne Marie, que vivirá hasta 1919.
- 1877** Pronuncia en Bridgnorth las dos conferencias: “La historia de la libertad en la Antigüedad” y “La historia de la libertad en el cristianismo”.
- 1878** Muerte de Pío IX y ascenso al papado de León XIII.
- Publica la recensión sobre *La democracia en Europa* de sir Erskine May.
- 1880-1885** Gladstone se hace cargo por segunda vez del gobierno.
- Discusión del *Irish Home Rule*.
- 1886** Contribuye a la fundación de la *English Historical Review*, de la que es editor Creighton.
- 1889** Es nombrado *doctor honoris causa* en derecho civil por la Universidad de Oxford.
- 1890** Es elegido miembro de honor del *All Souls* de Oxford.
- 1892** Es nombrado *Lord-in-Waiting* de la reina Victoria, puesto que conservará hasta 1895.
- 1895** Es nombrado *Regius Profesor of Modern History* de la Universidad de Cambridge.
- Lee su “Lección inaugural sobre el estudio de la historia”.
- Imparte dos cursos de conferencias sobre historia moderna y la Revolución francesa.
- 1899** Se hace cargo de la edición de la *Historia Moderna de Cambridge*.
- 1902** Muere en Tegernsee (Baviera) a los sesenta y ocho años.

## BIBLIOGRAFÍA

---

- Figgis, J. N. e Laurence, R. V. [eds.], *Lectures on Modern History*, MacMillan, Londres, 1906.
- Figgis, J. N. e Laurence, R. V. [eds.], *Historial Essays and Studies*, MacMillan, Londres, 1907.
- Figgis, J. N. e Laurence, R. V. [eds.], *The History of Freedom and Other Essays*, MacMillan, Londres, 1907.
- Figgis, J. N. e Laurence, R. V. [eds.], *Lectures on the French Revolution*, MacMillan, Londres, 1910.
- Woodruff, D. [ed.], *Essays and Church and State*, Hollis and Carter, Londres, 1952.
- Himmelfarb, G. [ed.], *Essays on Freedom and Power*, Beacon Press, Boston, 1948. Hay también una edición inglesa: Thames and Hudson, Londres, 1956.
- Richard Blaire McCornack, “Juárez y la armada norteamericana”, en *Historia Mexicana*, núm. 24, Vol. vi, abril-junio de 1957. México, El Colegio de México, pp. 492-509.
- Lord Acton: *Ensayos sobre la libertad y el poder* [Enrique Tierno Galván, traductor; Gertrude Himmelfarb, presentación]. Madrid, España, Instituto de Estudios Políticos de Madrid, 1959.
- McNeill, W. H. [ed.], *Essays in the Liberal Interpretation of History; selected Papers*, The University Chicago Press, Chicago, 1967.
- McElrath, D. [ed.], *Lord Acton: the Decisive Decade, 1864-1874. Essays and Documents*. Biblioteque de la Revue d'histoire eclesiastique, Louvain, 1970.
  - *Lord Acton in America*, Patmos Press Shepherdstown, 1979.
  - *Lord Acton and the First Vatican Council*, Catholic Theological faculty, Sydney, 1975.
- Fears, R. J. [ed.], *Essays in the History of Liberty (Selected Writings of Lord Acton)*, vol. I, Hardcover, 1985.
- Fears, R. J. [ed.], *Essays in Religion, Politics and Morality (Selected Writings of Lord Acton)*, vol. III, Hardcover, 1985.
- [21] “The Civil War in America: Its Place in History” [pp. 263-279], en: John Emerich Edward Dalberg-Acton, First Baron Acton, *Selected Writings of Lord Acton. Essays in the History of Liberty*. Volume I [Edited by J. Rufus Fears]. Indianapolis, Liberty Fund, 1985, 557 pp..
- [22] “Reports on the Civil War in America” [pp. 280-360], en John Emerich Edward Dalberg-Acton, First Baron Acton, *Selected Writings of Lord Acton.. Essays in the History of Liberty*. Volume I [Edited by J. Rufus Fears]. Indianapolis, Liberty Fund, 1985, 557 pp..
- [II] “*The Rise and Fall of the Mexican Empire*”, en: John Emerich Edward Dalberg-Acton, First Baron Acton, *Essays in the Study of Writing History*. Volume II [Edited by J. Rufus Fears]. Indianapolis, Liberty Classics, 1985, 173-197.
- John Emerich Edward Dalberg-Acton, First Baron Acton, *Selected Writings of Lord Acton. Essays in the Study and Writing of History*. Volume II [Edited by J. Rufus Fears]. Indianapolis, Liberty Classics, 1985, 580 pp.

- John Emerich Edward Dalberg-Acton, First Baron Acton, *Selected Writings of Lord Acton. Essays in Religion, Politics, and Morality*. Volume III [Edited by J. Rufus Fears]. Indianapolis, LibertyClassics, 1985, 716 pp.
- “Carta de Napoleón III a Maximiliano” [22.VIII.1865] en: Egon Caesar Conde Corti, *Maximiano y Carlota* [Vicente Caridad, trad.]; ed. original en alemán, 1924. México, Fondo de Cultura Económica, Col. Historia, 1<sup>a</sup> reimp. de la 3<sup>a</sup> ed., p. 346.
- Fears, R. J. [ed.], *Essays in the Study and Writing History (Selected Writings of Lord Acton)*, vol. II, Hardcover, 1986.
- *Constitución Federal Mexicana de 1857*. México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1990, 66 pp.
- *Historia general de México 2000*. México, D. F., El Colegio de México, Centro de Estudios Históricos, 2000, 1103 pp.
- Erika Pani, *Para mexicanizar el Segundo Imperio. El imaginario político de los imperialistas*. México, El Colegio de México, Centro de Estudios Históricos / Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 1<sup>a</sup> edición, 2001, 444 pp.
- Egon Caesar Conti Corti, *Maximiano y Carlota* [Traducción de Vicente Caridad]. México, Fondo de Cultura Económica, Sección de Grandes Obras de Historia, 1<sup>a</sup> reimpresión, 2003, 707 pp.
- Ernesto de la Torre Villar [Introducción, selección y notas], *La Intervención francesa y el triunfo de la República*. México, Fondo de Cultura Económica, 1<sup>a</sup> edición, 1968; 2<sup>a</sup> edición, 2006, 449 pp.

## BIOGRAFÍA DEL TRADUCTOR

---

**Adolfo Castañón**, México, D.F., 1952. Su vocación literaria se ha declinado en la lírica (*Tránsito de Octavio Paz y Recuerdos de Coyoacán* incluidos en *La campana y el tiempo*, *Las tres mitades del corazón*), la narrativa (*A veces prosa*), el ensayo y la crítica literaria (*Alfonso Reyes: caballero de la voz errante*, *Por el país de Montaigne*, la serie de *Paseos*, *Viaje a México o El sueño de las fronteras. Ensayos, apuntes, paseos*), el aforismo (*La belleza es lo esencial*, *Perfiles del camino*), la traducción (de J.-J. Rousseau, Paul Ricoeur, George Steiner, Alain Rey, Roland Barthes, Louis Panabièvre); la gastronomía (*Grano de sal y otros cristales*). A ese oficio se añade un ejercicio práctico y reflexivo en el ámbito editorial: su trabajo en el Fondo de Cultura Económica durante casi tres décadas, donde tuvo la oportunidad de trabajar con José Luis Martínez, Jaime García Terrés y Alí Chumacero. Desde ese mirador privilegiado, trató a muchos autores, por ejemplo, a Octavio Paz: tuvo a su cargo la edición del poema *Pasado en claro* (1974), los tres tomos de *México en la obra de Octavio Paz* (1987) y, con un equipo, sus *Obras completas*. Trabajó con Carlos Fuentes en la edición del *Espejo enterrado*; su oficio como editor de libros y revistas ha desembocado de un lado en obras firmadas por él como *Trópicos de Gutenberg*, y, del otro, en series y colecciones como “Las semanas del jardín” publicada por Bonilla y Artigas o la serie de entrevistas “Los maestros detrás de las ideas” para TVUNAM. Ha practicado el arte de la antología crítica como en *La geometría de las horas* de Eugenio Montijo, publicada con el sello de la editorial de la Universidad Veracruzana. Ha trabajado en la edición del diario de Alfonso Reyes y en la edición y notas del epistolario en prensa Alfonso Reyes / Pedro Henríquez Ureña (1914-1944) del cuál José Luis Martínez hizo el primer tramo. Ha publicado con el sello de El Colegio de México: *Primicias. Antología de José Luis Martínez* en 2008; la selección, prólogo y notas de Alfonso Reyes: *Cartas mexicanas 1905-1959* (2009); *Algunas tardes con Alejandro Rossi. Conversaciones, ensayos y apuntes* (2010), *Otras Españas. Antología sobre literatura del exilio* de Ramón Xirau (2011), *José Medina Echavarría. Correspondencia*, selección, prólogo y notas en colaboración con Álvaro Morcillo (2010), entre otros títulos. Recibió el premio Xavier Villaurreta en 2008 por el libro *Viaje a México*. El gobierno francés lo distinguió con la orden de “Caballero de las Artes y de las Letras” en 2003. Es miembro de la Academia Mexicana de la Lengua desde 2005 y la respuesta a su discurso la dictó José Luis Martínez. Se desempeña en esa corporación como Bibliotecario Archivero. Ha colaborado en diversas revistas y suplementos como *La cultura en México*, *Sábado*, *Plural*, *Vuelta*, *Letras Libres*, *La Revista de la Universidad*. Pertenece al Programa de Investigadores Asociados de El Colegio de México. Colabora actualmente en Siglo XXI Editores. Tiene en prensa varias obras como *Visión de México*, antología de escritos mexicanos de Alfonso Reyes, *Tránsito de Octavio Paz (poemas, apuntes, ensayos)* y *Por el país de Montaigne*.





**La formación del “Surgimiento y caída del Imperio Mexicano” de Lord Acton,  
el diseño fue de Olivia Liendo y la edición estuvo al cuidado del Mexican Cultural Centre (MCC), Reino Unido.**  
*Registration number: 284686617.*



“En México, la lectura de Lord Acton ha quedado reducida a círculos no por eminentes excesivamente limitados. En 1996, el benévolο y sagaz Natán Warman hizo circular una traducción suya del volumen I de las *Conferencias sobre la Revolución Francesa*. Esta traducción tomaba como punto de partida la edición que J. N. Figgis, C. R. Litty, R. V. Laurence, M. A., prepararon para MacMillan de Londres en 1910. En España sus *Ensayos sobre la libertad y el poder* fueron traducidos por Enrique Tierno Galván y presentados por Gertrude Himmelfarb para el Instituto de Estudios Políticos de Madrid en 1959. Cuatro décadas más tarde, en 1999, el mismo Centro de Estudios Políticos y Constitucionales de Madrid, publicó una selección titulada *Ensayos sobre la libertad, el poder y la religión*, en traducción de Beatriz Álvarez Tardío y con un estudio preliminar, edición y notas de Manuel Álvarez Tardío. La presente traducción puede ser leída también como una invitación abierta para todos los interesados en las cuestiones que asocian el mundo de la ética y el conocimiento de la política y de la historia”.

*Adolfo Castañoñ  
Miembro de la Academia Mexicana de la Lengua*